



Elisa Mayo

Be my Bee



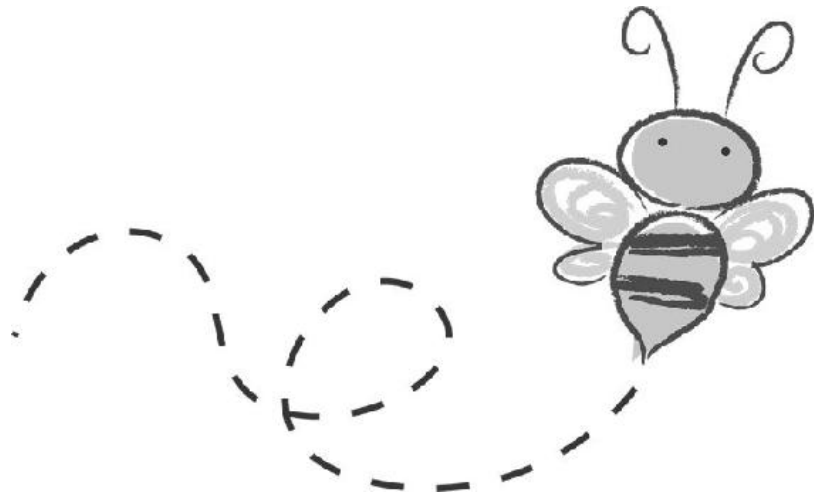


Elisa Mayo

Be my Bee



Be my Bee



Elisa Mayo

© Título original: Be my bee

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Tarragona.

Elisa Mayo

1ª edición, junio de 2021

Corrección y maquetación: Elisa Mayo

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito – Imagina Desings

Imágenes: Pixabay

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi madre y mi hermana.
Por ese fantástico fin de semana en Manchester
y por todos los momentos juntas.
Os quiero.*

Escanea este código QR con tu cámara y te dirigirá a la lista de Spotify donde encontrarás todas las canciones que, aunque no aparezcan en las historias, me ayudaron a crearlas.



PRÓLOGO

Llevo tres días apostada frente al edificio de los Fisher y no he sido capaz de enfrentarme a Matthew. Cada vez que lo he visto salir o entrar, mi corazón ha dado un vuelco, pero no he reunido el valor suficiente para dejarme ver.

Han pasado más de dos años desde que nos despedimos en el aeropuerto, ilusionados y llenos de esperanzas. Esas que me cargué de un plumazo y por las mismas que estoy aquí de nuevo, aunque solo pretendo hablar con él, explicarme, si es que quiere escucharme.

Son las ocho de la mañana y debe de estar a punto de aparecer. Hoy tiene que ser el día, no puedo ni quiero posponerlo más. Necesito verlo. He tardado mucho en darme cuenta de lo que quiero y no estoy dispuesta a renunciar a ello ahora, después de haber llegado tan lejos.

En cuanto lo veo, me fuerzo a dar unos pasos. El corazón se me va a salir por la boca, pero eso es precisamente lo que pretendo; hablar desde ese lugar tan íntimo y que no dejé que me guiara hace unos años. Echo un ojo rápido a ambos lados de la calzada y cruzo hasta llegar a la otra acera, unos metros por detrás de él, que camina a paso ligero. Lo sigo mientras intento ordenar las palabras que tantas veces he pensado que diría, aunque ahora mismo no estoy segura de que salgan tan fluidas como imaginé.

Acelero un poco más hasta situarme a un par de metros de su espalda. Inspiro hondo, cierro los ojos... Allá voy.

—Matt —lo llamo en un susurro. Sigue su camino—. Matthew —elevo mi tono unos grados.

Sin dejar de andar, se gira un poco y sus ojos azules impactan en los míos. Se detiene en el acto y queda frente a mí.

—Matt... —vuelvo a pronunciar al tiempo que dejo de caminar.

—¿Mickey? —Oírlo decir el apelativo con el que solo él me ha llamado me revuelve aún más las sensaciones. Asiento—. ¿Qué haces aquí? —Me mira con el ceño fruncido. Es normal, no nos hemos visto en años.

—Quería verte... explicarte... —De repente, todo lo que tenía en la cabeza se ha evaporado. Solo puedo mirar su rostro bajo el gorro de lana. Ese rostro que me ha acompañado cada día desde que lo dejé aquí.

Sus ojos se entrecierran y un brillo aparece en ellos; uno que jamás vi cuando pasamos aquellas seis semanas conviviendo juntos en este mismo edificio que tenemos a escasos metros.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —Su tono es duro.

—Yo... lo siento.

—Dos años, Mickey. Dos. Déjalo, ya nada tiene sentido. Hace tiempo que dejó de tenerlo.

—Para mí, no —respondo en un hilo de voz.

—Pues no es eso lo que me pareció. No solo no volviste, sino que, además, me dejaste a través de un mensaje de cuatro palabras. Cuatro, Mickey. —Parece que su enfado crece por segundos.

—Lo siento.

—Deja de decir eso, joder. —Inspira fuerte—. Vale. No tengo tiempo para esto, me voy a trabajar. —Hace el movimiento de girarse, pero me lanzo y lo agarro del brazo con suavidad.

—Espera. ¿No podríamos vernos y hablar?

—No, Mickey. No tenemos nada de que hablar. —Mira mis manos, que lo aferran, y luego a mí—. No quiero verte. —Se suelta de mi agarre con suavidad y se aleja con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

No lo culpo. La única culpable de todo soy yo.



I'm going back to the start (*The Scientist* - Coldplay)

Vale, la cosa no ha ido bien, pero no tengo intención de rendirme. Ya contaba con una reacción similar, lo ilógico habría sido lo contrario. Me he sentido mal durante los últimos años y he venido hasta aquí con un propósito. No voy a dejar que Matthew se quede sin una explicación de mi pésimo comportamiento, aunque tenga que montar guardia frente a su casa durante el resto de mi vida. Puede parecer que me arrastro, que si él no quiere escucharme, debería dejarlo correr, pero no puedo. Me siento demasiado culpable como para dejar las cosas como están durante más tiempo. Sí, él ya lo ha dicho: más de dos años. Conocí a Matthew cuando tenía veintidós...

Arrastrar mi maleta por un aeropuerto no era algo ajeno, ya lo había hecho muchas veces; aunque en el de Manchester era una novedad. Mi último año de universidad había sido duro, el trabajo de final de grado se llevó muchas horas de sueño y de tiempo libre. Tantas que no tenía claro si ese verano me quedarían ganas de perfeccionar mi inglés durante seis semanas, como en los años anteriores. Mi pasión por el periodismo me llevó a decidir bien pronto que mi máster sería sobre Periodismo Internacional, así que, desde mi primer curso, ahorré todo el dinero que recibía por Navidad, cumpleaños y demás regalos que mi familia me hacía para costear parte de mi estancia en Londres y estudiar el idioma en una academia del país.

Pero, como digo, ese año fue complicado y dudé más de la cuenta a la hora de decidirme, por lo que ya no quedaban plazas en la escuela a la que siempre asistía, y tuve que buscar alternativas.

Entre las pocas opciones que quedaban, me decanté por Manchester; de ahí que estuviera en ese momento arrastrando mi maleta por el aeropuerto de esa ciudad.

Tampoco quedaban plazas en la residencia estudiantil y tuve que elegir también una familia que me acogiera. Bridget y John Fisher eran un matrimonio de mediana edad que llevaban años compartiendo su casa con estudiantes extranjeros. Había muy buenas referencias de ellos en la academia y, en las fotos, me parecieron buenas personas, así que me decidí a pasar el verano en su piso. Vivían cerca del centro, y eso me permitiría no tener que desplazarme en transporte público hasta la escuela. Por la información que busqué referente a la ciudad, Manchester no es demasiado grande y podía hacer las rutas a pie.

El móvil que sujetaba en mi mano libre sonó con una notificación de WhatsApp mientras recorría los pasillos en dirección a la salida. Era un mensaje de Bridget en el que me pedía disculpas por no poder ir a recogerme, tal como habíamos quedado, por un problema con su coche. En su lugar, decía que su hijo me esperaba en la puerta de desembarques. «Su nombre es Matthew», me indicó.

No tenía ni idea de que el matrimonio tuviese hijos, aunque, por su edad, debí haberlo imaginado. En fin, que seguí mi camino hacia la salida, ya encontraría al tal Matthew, y si no, contactaría con Bridget de nuevo para indicarle dónde podía encontrarme su hijo. Tenía veintidós años, pero estaba acostumbrada a viajar, por lo que no me preocupé por ese cambio de planes.

No hizo falta llamar a nadie. En cuanto salí al vestíbulo, lo vi. Vi un cartel escrito a mano con mi nombre, así que me dirigí hacia él, sin apenas apartar la vista del papel que sujetaba delante del pecho. Cuando ya estuve a pocos metros, levanté la cabeza y me topé con sus ojos azules. Me miraba con atención.

—¿Matthew? —pregunté.

—¿Micaela? —Asentí con la misma sonrisa que él tenía pintada en la cara. Parecía simpático. Me ofreció su mano que estreché con energía—. Mi madre estaba preocupada por si no te encontraba y avergonzada por no poder venir ella misma —dijo en un inglés que entendí a la perfección. A veces me pasaba que, según el acento o vocalización, no acababa de entender algunas palabras, pero no era el caso y lo agradecí. Me fastidiaba bastante tener que pedir que repitieran alguna expresión porque eso hacía perder el hilo de la conversación.

—Oh, no hay problema. Incluso, hubiese podido coger el transporte público hasta la ciudad.

—Creo que ella no estaría de acuerdo con eso. Me ha exigido que levantara el trasero del sofá para venir a buscarte, palabras textuales —dijo en un tono divertido.

—Vaya, siento haber interrumpido tu descanso.

—No has sido tú, sino la chatarra que tiene mi madre por coche. ¿Nos vamos? —Invitó con la mano a que lo siguiera.

—Claro. —Sonreí.

Tuve que acelerar el paso porque Matthew era bastante alto y cada una de sus zancadas equivalía a dos o tres de las mías. Por el camino me explicó que su madre había tenido que esperar a que recogieran su coche para llevarlo al taller, y su padre aún trabajaba, por eso él estaba allí. Hablaba sin parar y gesticulaba con las manos. Sonreía y me preguntaba por el viaje en avión, por lo que estudiaba y no dejaba de mirarme a los ojos. Era agradable. De ese tipo de personas que hablan mucho, pero no cansan, que explican las cosas de forma directa sin extenderse demasiado en detalles y te escuchan cuando contestas.

Parecía tener mi edad, más o menos, o eso me hizo pensar cuando respondió a mi pregunta de que él había terminado la carrera de Ingeniería Industrial en la Universidad de Manchester y se ofreció a que, si yo quería, podía hacerme una visita guiada para que conociera por dentro el edificio, que era igual de interesante que cualquier otro de la ciudad.

Sin apenas darme cuenta, el taxi que habíamos cogido se detuvo frente a un edificio. Matthew pagó al conductor y se dirigió a mí:

—Ya hemos llegado. Vamos, mi madre debe de estar de los nervios. Se me ha olvidado enviarle un mensaje para decirle que te había encontrado sin problemas en el aeropuerto. —Sonrió al tiempo que se encogía de hombros de forma cómica.

Supuse que no sería para tanto, total, no habíamos tardado ni media hora en llegar desde el aeropuerto.

Me ayudó a coger el equipaje y subimos en el ascensor hasta el cuarto piso. Los pasillos del edificio estaban enmoquetados, como casi todos los que había visto en ese país; no es que me disgustara esa costumbre, al contrario, pero el aspecto de algunas dejaban mucho que desear. No era ese el caso. La primera vez que lo vi me pareció raro, pero enseguida comprendí que amortiguaba mucho el ruido entre los pisos y, al final, acabé por apreciar esa normativa.

—Ya estamos aquí, mamá. No nos hemos perdido ni he traído a la estudiante equivocada. —Acompañó el comentario de una risotada, que me hizo sonreír, al traspasar la puerta de entrada.

En cuanto asomé la cabeza por el pasillo, vi a Bridget que se acercaba a paso ligero.

—Oh, muy gracioso —le dijo a su hijo al tiempo que lo golpeaba de forma cariñosa en el brazo. Luego se dirigió a mí—: Hola, Micaela. Bienvenida a nuestra casa. —Me ofreció su mano que estreché con la misma energía con la que había saludado a Matthew.

—Muchas gracias por acogerme —contesté con una sonrisa.

—Es un placer. Pasa, por favor, te mostraré tu habitación.

La seguí por el pasillo hasta la puerta del fondo, donde ya se encontraba mi maleta, gracias a Matthew.

Bridget abrió y me encontré con una habitación pequeña, pero con todo lo necesario. Además de la cama individual, el armario, el escritorio y una estantería de varias repisas, había una televisión plana colgada de la pared. Se notaba que estaban acostumbrados a tener visita cada año. La estancia olía a limpio e incluso noté un leve aroma a disolvente que me indicó que las paredes estaban recién pintadas, antes de fijarme en ellas.

—Espero que estés cómoda y te sientas como en tu casa —dijo Bridget con una sonrisa tímida.

—Es perfecta, gracias. —Asentí.

—No dudes en pedirnos todo lo que necesites. No tenemos decorada la habitación para que cada estudiante que venga la acondicione a su gusto. —Volvio a sonreír—. Te dejo a solas para que te instales, después te enseñaré el resto de la casa.

Bridget era de estatura media, con las curvas propias de una mujer que se cuida, pero sin excesos. Su piel blanca y prácticamente lisa también me lo indicaron. Sus ojos azules, muy parecidos a los de su hijo, eran vivos y agradables, y una sonrisa siempre prendía de sus labios.

Estaba segura de que mi estancia sería placentera, pero aún no sabía hasta qué punto esas semanas iban a cambiar mi vida.

MATTHEW

No me lo puedo creer. Ha vuelto después de dos puñeteros años. ¿Qué se supone que esperaba? ¿Que actuara como si no hubiese ocurrido nada? ¿Como si no hubiese pasado el tiempo? Joder, casi me da un paro cardíaco cuando la he visto a mi espalda. Ha sido como ver un fantasma. Ese

recuerdo que mi mente aún conserva porque me dio tan fuerte por ella y me dejó tan destrozado que no volví a ser el mismo. Soñaba con ella, pensaba en ella a todas horas y su imagen me acompañaba quisiera yo o no.

No quiero dramatizar, pero es la verdad. Me costó muchísimo tiempo que dejara de doler. Joder, que me dejó con un mensaje de cuatro palabras. «Lo siento, no puedo». Y ahí se quedó todo. Todo lo que habíamos vivido durante seis semanas se quedó atascado en esas cuatro palabras.

Tenía veintitrés años cuando conocí a Micaela... Me niego a volver a llamarla «Mickey». Ya he cometido ese error hace menos de dos horas.

La primera vez que vi a Mica me impresionaron sus grandes ojos color miel, que me miraban con curiosidad mientras yo no dejaba de parlotear de camino a mi casa desde el aeropuerto. Cuando mi madre me dijo que ese año tendríamos una estudiante en lugar de un chico, jamás pensé que las cosas llegaran hasta el extremo en que lo hicieron. No me planteé tratarla de un modo distinto al de los anteriores chicos que pasaron por nuestra familia, y con los que sigo en contacto; quizá debí prestarle más atención a la sacudida que me recorrió el cuerpo cuando estreché por primera vez su mano y no dejarme llevar tanto por ella, pero no pude evitarlo. Soy de los que se comportan como sienten, no como debería. Al menos, en aquel momento era así.

Yo estaba de vacaciones de la universidad. Había terminado mi carrera y me disponía a tomarme ese tiempo de relax para empezar a buscar trabajo a partir de septiembre. Mi padre me había ofrecido la posibilidad de hacerlo en la empresa donde él lleva empleado más de quince años; no dije que no, era una buena opción y mi perfil bien podía encajar en el departamento técnico, pero tenía que pensarlo porque no quería parecer un «enchufado».

Mica se instaló en casa sin problemas y pasaba la mayor parte del tiempo metida en su habitación o en la academia.

Nos separaba una pared, y a través de ella pude escuchar los murmullos de sus conversaciones, imaginé que con sus familiares y amigos, su risa y los crujidos que hacía al moverse por la estancia. Estaba acostumbrado a tener compañía cada verano y a mí me gustaba conocer gente nueva. Tengo bastantes amigos y un sinfín de conocidos, me gusta tratar con las personas; pero Mica suponía algo nuevo. Nunca había convivido con una chica. Y menos con una chica que me gustó desde el primer momento en que la vi. ¿Precipitado? Puede. ¿Mala idea? Muy mala. Pero eso no lo pensé entonces, ni siquiera, cuando me di cuenta de que quería llamar su atención y que se fijara en mí.

Y ahora, después de haber conseguido quitármela de la cabeza desde hace tiempo, vuelve para remover todos esos recuerdos que mantenía a raya por mi propia salud. Las pasé canutas. Quizá puede parecer que exagero, pero es que me enamoré como un gilipollas y pensé que ella sentía lo mismo. Las ilusiones y las esperanzas que pusimos en un «nosotros» se fueron al traste con aquel mensaje y el posterior bloqueo que me dedicó en su teléfono móvil. No volví a saber de ella, hasta hoy. ¿Para qué has vuelto, Mica?



Say love me again (*Unbreak My Heart* – Toni Braxton)

Imagino que os preguntaráis por qué y cómo he vuelto después de tanto tiempo. La respuesta es muy sencilla: no he dejado de pensar en él ni un solo día, tras haber abandonado esta ciudad. Matthew se convirtió en alguien tan importante que mi vida anterior me pareció que no tenía sentido, que no era la que realmente quería vivir. ¿Cuál era el problema? Que él estaba aquí y yo, en Madrid. Entiendo que cuando se tienen veintidós años, las cosas no se ven de forma clara; aún eres joven para asimilar lo que de verdad te gusta o lo que no, tienes una experiencia vital mínima. Por aquel entonces, me estaba construyendo; el estudio y mis amigos eran el centro de mi mundo terrenal... También tenía una relación con Nacho desde hacía dos años, aunque en los últimos meses las cosas no iban del todo bien, no sabría decir por qué, o sí, pero no me concienció hasta ese verano, cuando me tomé esas semanas para reflexionar sobre ello. O no...

Pasé casi todo el fin de semana metida en aquella habitación. Quería dejarla lista para no quitarle tiempo a mis horas de estudio que empezaban ese mismo lunes. Había llegado el viernes por la tarde por ese motivo, aunque no acabé de aprovechar esas horas porque escribí a mis padres y a Nacho, notificando mi llegada, y llamé a mis amigas, a las que no había informado de mis dudas respecto a mi relación con Nacho y que estaba pensando en dejarlo a la vuelta, pero quería estar segura de lo que sentía. Además de pasar un rato conociendo a mis nuevos «caseros», que me parecieron de lo más hospitalarios y aprecié el buen rollo que formaban los tres.

El lunes me levanté pronto porque sabía que muchos estudiantes empezarían sus clases, igual que yo, y había que pasar por la recepción de la academia para entregar la documentación pertinente y nos asignaran la clase y el profesor.

Como presagí, me encontré con una cola que doblaba la esquina del edificio; menos mal que era verano y la temperatura acompañaba para estar en la calle porque, si hubiese sido invierno, nos habríamos convertido en estatuas de hielo, ya os lo digo. Dos horas me tiré. Al menos me entretuve hablando con otros estudiantes que esperaban su turno. Las colas son un buen lugar para entablar conversaciones y conocer a gente interesante. No soy de las que habla sin parar y sin motivo aparente, pero sí me gusta contestar a las personas que se dirigen a mí en esas circunstancias y compartir con ellas la frustración o la insignificancia de la espera.

Por supuesto, todo tiempo de espera es relativo. Si lo pasas en soledad y sin nada que hacer, es eterno; en cambio, si mantienes una conversación animada, lees o te entretienes con el móvil, parece que los minutos corren más deprisa, ¿no os parece? Pues es pura teoría física, pero, al parecer, dos personas que permanecen una al lado de la otra, en realidad, pueden estar hasta en mundos paralelos distintos. Ahí es nada. Hasta el punto de vista más objetivo pasa a ser el más subjetivo si hablamos de términos temporales. El tiempo es el mismo para todos, aunque se vive de forma totalmente subjetiva. Esto fue algo que averigüé a mi vuelta de Manchester, porque si algo tuve claro, fue que aquellas semanas pasaron en un suspiro, y los siguientes dos años, el tiempo se ralentizó de tal forma que parecía que no avanzaba ni empujando las horas.

Bien, pues allí en la calle, conocí a Vic, un italiano; a Marie, una francesa, y a Yori, un japonés, que haciendo honor a su cultura, no dejaba de sonreír y tomar fotos con el móvil. En pocos minutos, entablamos una conversación animada en la que privó la ilusión y las ganas de estudiar, conocer la ciudad y averiguar hasta qué punto tolerábamos la cerveza. Ese comentario de Vic me hizo reír porque parecía que estaba más interesado en salir de beers que en obtener un certificado de estudios.

Con evidencia mal disimulada, me acusaron de tener ventaja; al parecer, según ellos, en España se consumía más cerveza que en sus países, además de tener un precio mucho más asequible. No les quité la razón, aunque yo no fuese la más indicada para ello, puesto que no era una gran bebedora del brebaje en cuestión. Pero ese tema suscitó que Vic, como buen italiano, nos obligara a prometer que saldríamos algunas tardes a vaciar jarras de cerveza.

Tras la gestión pertinente en la recepción de la academia, descubrimos que nos habían asignado grupos de estudio distintos, pero de dos en dos. Vic y Marie estaban en la misma clase, y a mí me tocó compartir mesa con Yori y con otras seis personas más. Los grupos eran reducidos para mantener una dinámica de estudio mucho más ágil y cercana; cosa a la que estaba acostumbrada, después de cuatro años viajando a ese país para perfeccionar un idioma que, en España, había aprendido a trancas y barrancas. Creo que habría que replantearse seriamente la forma de impartir lenguas en las escuelas porque os aseguro que aprendí mucho mejor en cuatro veranos que en todos los años de estudio.

La primera sesión fue corta y distendida. Tracey, la profesora asignada a mi grupo, era una chica de treinta años, licenciada en Filología Inglesa, agradable, divertida y dispuesta a ponernos las cosas fáciles. Nos animó a presentarnos y a hablar entre nosotros, mientras explicaba cómo utilizaríamos el material que nos habían entregado y la dinámica de las clases. Lo normal en un primer día.

Al salir, Yori se enzarzó en un montón de preguntas sobre España. Decía que era un país al que le gustaría viajar y quería saber nuestras costumbres y forma de vida. Le contesté encantada, claro. Emanaba buen rollo por los cuatro costados y se te contagiaba al ir siempre con una sonrisa en la boca.

En la puerta, nos encontramos a Vic y Marie, que también acababan su clase. Así que volvimos a meternos de lleno en una conversación sobre cómo había ido la mañana hasta el punto de perder la noción del tiempo, otra vez. Cuando me quise dar cuenta era más de la una de la tarde, y le había dicho a Bridget que regresaría a la hora de comer.

—Chicos, lo siento, me marchó —me despedí con prisas.

—Oye, Mica, mañana podríamos ir a comer juntos, ¿qué os parece? —propuso Vic.

—Por mí, perfecto —contestó Marie.

—Vale, pero lo hablamos mañana. No he avisado de que llegaría tarde y me sabe mal hacerlos esperar para comer —contesté, ya casi echando a andar calle abajo.

Yori levantó los pulgares en señal de aceptación.

Hice el camino de vuelta a paso ligero mientras intentaba escribir un mensaje de disculpa a Bridget y decirle que llegaría en pocos minutos. Su respuesta fue rápida y concisa: «No te preocupes, ve a tu ritmo».

Sabía que Bridget trabajaba por las mañanas en una guardería, que John, su marido, era contable en una empresa de maquinaria industrial y que volvía a casa poco después de las cinco de la tarde. Y de Matthew ya os he hablado un poco, aunque seguiré haciéndolo porque, poco a poco, se metió en mis pensamientos de una forma un tanto abrupta; pero no quiero adelantaros nada.

Cuando llegué al piso, casi con la lengua fuera, Bridget y Matthew me esperaban para comer.

—Siento llegar tarde, me he entretenido hablando con mis compañeros de clase —me disculpé.

—Oh, no te preocupes. Si quieres, podemos no establecer ningún horario. Eres libre de organizarte como mejor te convenga, ¿de acuerdo? Puedo prepararte un sándwich y comértelo cuando quieras, o si prefieres comer fuera, no hay problema. Tú decides. —La voz de Bridget sonó amable y su mirada sincera me hizo sentir menos culpable.

—También puedo prepararme el sándwich yo misma cuando llegue, así no tienes que estar pendiente de mí —contesté.

—Perfecto. Estás en tu casa. —Sonrió ampliamente.

—Bien, y ahora que ha quedado todo claro, ¿podemos comer? —Matthew intervino de forma cómica.

—Oh, no seas grosero —lo reprendió su madre.

—No lo soy, solo tengo hambre —contestó al tiempo que se encogía de hombros.

No pude evitar sonreír porque me pareció adorable la forma en que se trataban. Ojalá tuviera yo esa relación con mis padres. No es que fuese mala, mi relación con mis padres, digo, pero desde luego no había esa complicidad ni el cariño a raudales que desprendían ellos. En mi casa, las muestras de afecto eran más bien escasas; lo que privaba era el éxito de los casos ganados por mi padre, que es abogado, y la lista de los libros más vendidos del año de mi madre, que es escritora de novela negra. Dos pesos pesados en sus respectivos campos que esperaban que yo me convirtiera también en alguien que sobresaliera en mi profesión. Yo no estaba tan segura de conseguirlo, a pesar de que no me preocupaba en exceso, al menos, en ese momento; pero tampoco iba a llevarles la contraria para enzarzarnos en una conversación que no tenía sentido. El tiempo daría la razón a alguno de nosotros.

MATTHEW

He llegado al trabajo con la cabeza a punto de explotar. Al final, acepté la oferta que me ofreció mi padre a través de la empresa donde él está

empleado. ¿Por qué? Porque cuando Mica se marchó y a las pocas semanas me apartó de su vida, la mía se fue a la mierda. Estaba tan desanimado que no tuve el empuje para conseguir un trabajo por mí mismo, tal como le había dicho a mi padre. No me arrepiento de mi decisión, que conste, estoy encantado con mi puesto y mis conocimientos se adaptaron perfectamente a la empresa. Os lo cuento para que veáis hasta qué punto me afectó lo que sentía por Mica.

Encontrármela por casa se convirtió en mi prioridad. Me aprendí sus horarios para cruzármela en el pasillo, en el salón, en la cocina y hasta en el baño. Supongo que visto desde fuera, parece algo estúpido. Con la perspectiva de los años, a mí también me lo parece, pero en ese momento fue divertido y era lo que me pedía el cuerpo. Imagino que también influyó que yo estaba de vacaciones, como ya he dicho, y tenía mucho tiempo libre. Hasta diseñé una estrategia para acercarme a ella.

Mica era la primera en salir por las mañanas. Mis padres, los siguientes, y yo era el dueño y señor de la casa hasta el mediodía. Pero no penséis que me quedaba tirado en la cama sin dar golpe. Mi madre siempre me dejaba una lista de tareas que debía cumplir antes de que ella llegara de trabajar. Decía que debía aprender a gestionar mi tiempo libre y aprovecharlo. Yo creo que lo que pretendía era que asimilase las tareas que se llevan a cabo en una casa para cuando me independizara, y se lo agradezco. Gracias a eso ahora soy yo quien vive en ese piso de la ciudad y ellos, en una pequeña casita a las afueras, como siempre quisieron.

Bien, la cuestión es que me marchaba el último. Hacía mi par de horas en el gimnasio y ejecutaba mis responsabilidades familiares siempre con mi cabeza puesta en ella. Me aporreó como un martillo hidráulico y ahí se ha quedado. Pensaba que, después de abrir los ojos y darme cuenta de que todo había terminado, me habría librado de ese sentimiento de rencor y tristeza que arrastré durante meses, pero aquí está otra vez, saliendo a flote como un corcho gigante imposible de hundir.

Supongo que, tras nuestro encuentro y mi actitud de esta mañana, se habrá dado por vencida. Eso sería lo mejor que podría pasarme porque no estoy seguro de poder soportar otra patada en los huevos.



Only one like you
(*My First, My Last, My Everything* - Barry White)

Volver a esta ciudad me ha traído un puñado de recuerdos que he sido incapaz de borrar de mi memoria, aunque los mantenía a raya para seguir con mi vida. Habría sido imposible de otra forma. Me acostaba pensando en él, me despertaba pensando en él y hasta se colaba en mis sueños más profundos. Matthew se filtró mucho más adentro de lo que jamás lo ha hecho alguien.

Mi padre me consiguió un puesto a media jornada en el periódico de uno de sus clientes; así podría trabajar mientras estudiaba el máster. Ese fue el desencadenante de mi desdicha, aunque he sabido convertirlo en mi suerte con los años. Mi cabeza no regía con normalidad, y todo lo que quería hacer tras mi estancia en Manchester se volatilizó por mi incapacidad de llevarle la contraria a mis padres. Acabé por darles la razón. La idea de estudiar el máster en la ciudad que acababa de abandonar no era una opción para ellos y, por ende, para mí tampoco.

Pero no estaba dispuesta a renunciar, así que cuando el director general nos reunió, hace ya un año, para informarnos de que abrían una nueva sede en Inglaterra y buscaban formar un equipo allí, me apunté la primera. Tenía que volver, aunque fuese dos años después. Debía encontrar a Matt y disculparme cara a cara.

Compartir piso con mis dos compañeras ha vuelto a arrastrarme a cuando llegué aquí por primera vez.

Tardé un par de días en organizarme con los horarios. Ya sabéis que, del Pirineo hacia arriba, la vida lleva otro ritmo. Lo que peor se me dio siempre era cenar a media tarde, cuando en España aún no se había acabado la jornada laboral, y si se había terminado, estábamos de cañas y disfrutando de las terrazas y el sol. Es cierto que en verano alargaban un poco más el día, aunque no hasta nuestros niveles trasnochadores. Lo que sí os digo es que se sale de copas después de cenar, por lo que a las nueve de la noche ya vas bastante perjudicado. En fin, que me desvió del tema.

Esa primera semana intenté que mi horario se estabilizara para crear una rutina de estudio y aprovechar todo el tiempo que me fuese posible. Me aprendí el ritmo que llevaba mi familia de acogida para acoplar el mío a ellos y no trastocar su vida. Al fin y al cabo, era yo la que estaba disfrutando de su hospitalidad.

Mis clases comenzaban a las ocho y media de la mañana, hasta cuatro horas más tarde, así que me levantaba temprano para usar el baño antes que el resto. Tanto Bridget como John entraban a trabajar a las nueve, por lo que tenía un poco de margen respecto a ellos. Me duchaba con rapidez y me vestía para evitar salir en albornoz por el pasillo de camino a mi habitación. Respeto y pudor ante todo en una casa que no era la mía.

Luego acababa de peinarme y maquillarme en la intimidad de mi cuarto y desayunaba en la cocina, donde ya me encontraba con el matrimonio para compartir la primera charla del día. A Matthew no lo veía e imaginé que, como estaba de vacaciones, se levantaría más tarde.

Tras las horas en la academia, hablaba un rato con mis compañeros y volvía a casa para comer, algo ligero, ya sabéis, un sándwich y poco más, junto a Bridget y Matthew. Conversación rutinaria de cómo había ido el día y me encerraba en mi cuarto para estudiar, hablar con mis amigas y tomar algún que otro té antes de cenar. Las llamadas a mis padres debía hacerlas más tarde, puesto que mi padre no llegaba del despacho hasta casi las nueve de la noche.

Todo iba bien hasta que, ese primer viernes, me levanté como cada día y me dirigí al cuarto de baño. No me dio tiempo a agarrar el pomo de la puerta, cuando esta se abrió y apareció Matthew al otro lado. Pelo alborotado y húmedo. Pecho al descubierto. Toalla anudada a la cintura. Se me escapó un «hostia» y di un salto hacia atrás. No supe si por el susto de encontrármelo de sopetón o por la imagen en sí de su cuerpo casi desnudo.

—Perdona, creí que no había nadie —me disculpé cuando me recobré del sobresalto.

—Tranquila, ya he terminado —contestó al tiempo que daba un par de pasos hacia fuera y se acercó más a mí con su habitual sonrisa—. Todo tuyo. —Inclinó un poco la cabeza y me guiñó un ojo antes de darse la vuelta y caminar por el pasillo hasta girar la esquina hacia su habitación.

Me quedé unos segundos observando cómo la toalla se le pegaba a las nalgas. Joder, menudo corte. Vale, yo no era ninguna santa. Sabía lo que era un buen culo, pero aquel me pareció de los mejores, y eso que estaba cubierto. Me reprendí por pensar esas cosas y me metí en el baño antes de que alguien más apareciera en el pasillo y me pillara allí como un pasmarote.

No me preguntéis por qué, pero me pasé toda la clase de inglés pensando en el pecho y el trasero de Matthew. Cuando lo conocí en el aeropuerto, me pareció majo, aunque su simpatía y su forma de hablar fueron los rasgos de su personalidad que destacaron ante cualquier otra. Ahora tenía que añadir ciertas partes de su anatomía. Vale, tenía que dejar de pensar en ello. No era correcto. Estaba con Nacho, aunque nuestra relación no fuese bien, no tenía por qué fijarme más de la cuenta en nadie, nunca me había pasado; pero no estaba ciega, qué queréis que os diga.

—¿Os parece que salgamos hoy a tomar algo? Es viernes —dijo Vic, a la puerta de la academia.

—Oh, sí, eso sería fantástico —secundó Marie.

—Por mí, genial —se unió Yori.

—Claro, hay que desconectar y brindar por nuestra primera semana superada —argumenté con entusiasmo.

Me vendría bien tomar el aire y desconectar un rato de las horas que pasaba haciendo lo que debía. Había conseguido distraer mi mente del encontronazo de la mañana, pero ahora volvía a mí a cada paso que daba de camino a casa de los Fisher.

Cuando abrí la puerta del piso, había conseguido convencerme de que aquello era una tontería y no debía darle más importancia, así que entré y saludé, anunciando mi llegada.

Solo contestó Bridget, y respiré con alivio al ver la puerta del cuarto de Matthew abierta sin que él estuviera dentro. Tras dejar mis cosas sobre el escritorio, me dirigí a la cocina.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó.

—Bien. Por fin es viernes —contesté al tiempo que me sentaba sobre el taburete, junto a la mesa, donde ya había un plato con un sándwich.

—De eso quería hablarte. John y yo hemos pensado que podríamos salir a cenar esta noche, los cuatro. Así te damos la bienvenida como te mereces. —Sonrió mientras se acomodaba frente a mí.

—Oh, no es necesario que os molestéis. Ya hacéis suficiente con tenerme en vuestra casa.

—Insisto. De ese modo hacemos algo diferente.

No quería rechazar la invitación, no me pareció correcto.

—De acuerdo. Es una idea genial.

Bridget ya lo tenía todo previsto y me indicó que cenaríamos en un restaurante de comida japonesa para variar el menú, si es que yo estaba de acuerdo. No me opuse, claro. La verdad era que estaba encantada de poder comer algo que se saliera de lo habitual. Siempre me había gustado salir a cenar, disfrutar del ambiente festivo de un local y conocer sitios nuevos. Esa era otra de las razones por las que decidí estudiar inglés fuera de España.

Avisé a mis recientes amigos de que me reuniría con ellos tras la cena, si no se nos hacía demasiado tarde. De todos modos, nos veríamos al día siguiente, puesto que la academia había organizado un tour por la ciudad para todos aquellos alumnos que quisieran apuntarse. Era lo habitual.

Me refugié en mi cuarto para estudiar y preparar la ropa que me pondría por la noche. Incluso, me quedé adormilada sobre la cama mientras leía.

Desperté al escuchar una voz que parecía cantar algo. Incorporé la cabeza para prestar atención. En efecto, alguien cantaba al ritmo de *You're the First, the Last, My Everything*, de Barry White, en un tono bajo, aunque lo suficientemente alto como para entenderlo a la perfección. Me levanté despacio y me acerqué para pegar la oreja a la pared que daba a la habitación de Matthew. Era él. Su voz se perdía entre la profundidad del tono de Barry. Me sorprendió que escuchara ese tipo de música, la verdad. Vale que a mí también me gustara porque me recordaba a cuando mis padres eran más jóvenes y dedicaban más horas a estar juntos que a trabajar infinidad de horas. Siempre sonaba música de su época cuando estaban en casa. Pero que a él, con su edad, le gustara, me hizo sonreír.

La imagen de su trasero volvió a mi cabeza y despegué la oreja de la pared en el acto. Mierda. No lo había visto desde esa mañana y, en unas horas, tendría que compartir cena con él y su familia. Me repetí hasta la saciedad que solo había sido un encuentro casual y que no tenía la menor importancia, que era yo la que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Total, compartíamos espacios comunes, era normal que, de vez en cuando, nos cruzáramos de una forma más íntima. Él estaba en su casa, yo no tenía por qué trastocar sus costumbres. Lo que debía hacer era habituarme a ello y dejar de darle vueltas al asunto. Que tampoco sabía por qué se las daba sin parar, todo hay que decirlo.

En ese momento, llamaron a mi puerta.

—¿Sí? —contesté.
—Micaela, saldremos a cenar en una hora. Lo digo por si quieres usar el baño y vestirte. —La voz de Bridget sonó amortiguada a través de la madera.
Me acerqué a abrir.
—Gracias. Estaré lista para entonces —respondí.
—Estupendo. —Sonrió satisfecha y se dio la vuelta.
Me quedé mirando la puerta junto a la mía. Estaba cerrada, pero la música seguía flotando tras ella.

MATTHEW

No, no fue un encuentro casual. He de admitir que lo propicié. Era así de impulsivo y de inmaduro. Tenía veintitrés años y Micaela me había impresionado. Lo que no sabía es que ese acercamiento me iba a costar tan caro.

Lo de cantar en mi habitación al ritmo de la música era algo habitual es mí, aunque los primeros días no lo hice por si le molestaba. Pero después de haber visto su reacción de la mañana, ya no me importó. Quería llamar su atención a toda costa. Y si llego a saber lo que se avecinaba, me habría quedado quietecito en mis rutinas y sin provocar la tormenta que nos arrastró hacia el abismo más oscuro en el que he caído jamás.



You're just too good to be true
(*Can't Take My Eyes off You* – Gloria Gaynor)

Es viernes, llevamos toda la semana acomodándonos en el apartamento y en la nueva oficina. Aún nos queda mucho trabajo por delante, pero estamos tan ilusionadas por esta oportunidad que nos importa más bien poco no dormir más de cinco horas diarias.

—Chicas, ¿qué os parece si salimos a cenar y tomarnos unas cervezas? —propone Lali.

—¿Salir? Voy a tener serios problemas para llegar a mi habitación, imagina para cruzar la puerta, bajar a la calle y caminar hasta donde quiera que sea —se queja Victoria.

Yo prefiero callarme. Victoria es cuadriculada, por eso la han elegido para dirigir esta aventura; Lali es un caos. Y yo, yo siempre me mantengo al margen hasta que consiguen ponerse de acuerdo. Pero en esta ocasión estoy con Victoria. Me duelen hasta los padrastrós de las uñas y no quiero levantarme del sofá en el que ahora mismo nuestros culos le dan forma a los cojines.

—Estoy harta de comer sándwiches para desayunar, almorzar y cenar. Se me ha hecho una bola de pan en el culo y no hay forma de sacarla de ahí —argumenta Lali.

A mí me da la risa y Victoria la observa con asco.

—Mira que eres cerda... Que vivamos juntas no significa que tenga que saber tus intimidades anales. —Se le escapa una sonrisa, aunque intenta disimularla.

—Joder, tengo hambre, pero me niego a ingerir más pan de molde. He visto que hay un japonés por aquí cerca. Me apetece, porfa, porfa, porfa... —ruega con las manos juntas a la altura del pecho.

Escuchar «japonés» me devuelve de nuevo a dos años atrás.

Sali de mi habitación en dirección al salón quince minutos antes de la hora que me había indicado Bridget. Allí me encontré a Matthew, de pie, junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos de un tejanos azul oscuro, a juego con una camisa del mismo color.

—Hola —me obligué a decir para evitar mirarle el trasero, otra vez. No sabía la razón por la cual parecía obsesionada con esa parte de su cuerpo.

El se giró al oírme y me dedicó una media sonrisa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

—Genial. —Se acercó a mí sin quitarme la vista de encima—. ¿Lista para marcharnos?

—Claro. ¿Dónde están tus padres?

—En su habitación.

Bridget apareció por el pasillo.

—Ya estamos. Vamos, tenemos algunos minutos hasta llegar al restaurante —dijo al entrar—. Estás preciosa, Micaela.

—Gracias. Tú también estás fantástica —respondí a su halago.

—Venga, no me gusta llegar tarde —nos apremió John desde la entrada.

Llegamos en apenas diez minutos a pie. Tiempo más que suficiente para que Bridget me contara que era su lugar favorito y que estaba encantada de llevarme allí. Agradecí su gesto con una sonrisa. Me pareció una mujer muy cariñosa, ojalá mi madre fuese tan afectiva. Apenas había hablado con ella en los últimos días; estaba de promoción de su nueva novela y me dijo que no sabía el tiempo que tendría disponible. Así que dejé que fuese ella quien me llamara cuando le viniera en gana.

Me había acostumbrado a que cada uno hiciera su vida de forma individual. Desde que decidí que quería hacer algo más que atender nuestra casa y yo ya no «necesité» los cuidados de una madre, nuestra relación se había enfriado bastante, así como creo que lo mismo ocurrió con la que mantenían como matrimonio. A veces me preguntaba por qué seguían juntos. Imaginé que la situación les era cómoda y que, en el fondo, a su manera, se querían.

El local al que entramos me pareció acogedor y moderno. De paredes blancas, decoradas con láminas de dibujos típicos del país nipón y con esas lámparas en forma de globo de color rojo de distintos tamaños que colgaban del techo sobre las mesas de madera oscura.

Nos acomodaron en una esquina, entre una de las paredes y un ventanal que daba a la calle. Bridget y John se sentaron de cara al comedor, decían que no les gustaba dar la espalda a la gente. Matthew me cedió el sitio junto a la ventana para que estuviera frente a su madre y se colocó a mi lado. Apenas lo miraba y de verdad que me daba rabia, porque yo no solía ser tímida ni me dejaba llevar por la vergüenza, pero Matthew tenía algo que me intimidaba y no lograba entender por qué.

Bridget cogió la batuta en cuanto a pedir la comida se refería; a mí me pareció lo mejor porque yo no tenía ni idea y cada vez estaba más nerviosa por el aroma que Matthew desprendía a mi

alrededor. Agradecí hasta que incluyera vino en la comanda, y eso que yo no solía beber alcohol en las comidas, porque necesitaba calmarme y sabía que un par de copas lo lograrían por mí.

—Oye, Mica, ¿os enseñan la ciudad en la academia? —preguntó Bridget.

—Sí, mañana tenemos programada una salida durante todo el día. Así que no me esperéis para comer —contesté.

—Ya lo imaginaba. —Sonrió—. Matthew también puede acompañarte a visitar lugares donde ellos no os lleven, ¿verdad, cariño? —se dirigió a su hijo.

—Claro, no hay problema. Cada año lo hago —respondió él como si nada.

—¿Cómo es que decidisteis acoger a estudiantes? —pregunté a Bridget.

—Bueno, la verdad es que no recuerdo bien cuándo fue, hace muchos años, pero la razón es que Matt es hijo único, y aunque es muy extrovertido y tiene muchos amigos, nos pareció una buena idea que compartiera su espacio con otros chicos de su edad y también conociera otras culturas. Hemos acogido a chicos de muchos países distintos.

—Oh, es un bonito motivo —contesté.

—Ha hecho muy buenas amistades con la mayoría de ellos, ¿verdad, Matt?

—Sí. Incluso he ido a visitar a unos cuantos en sus países de origen. Es una buena manera de hacer amigos alrededor del mundo. —Matthew sonrió de forma agradable y sincera.

Con esa conversación mis nervios se templaron y conseguí relajarme. Además de que Matthew no mostró ningún «interés» fuera de lo normal en mí y eso me hizo pensar que me había montado una película (y de las gordas) en la cabeza.

—Tengo una curiosidad... —dijo Matt, en un momento de la cena—. ¿Qué nombre es Micaela? Quiero decir, ¿significa algo? —Me miró curioso.

—Oh, bueno, es el femenino de Miguel, de Michael —contesté con una sonrisa—. Si te es más cómodo, puedes llamarme Mica, lo hace todo el mundo.

—Vaya, es cierto. No lo había pensado. Ahora que lo dices, sí, se parece a Michael.

—Matt, creo que era más que evidente... —Sonrió su padre.

Se encogió de hombros, como si la cosa no fuese con él, y yo no le di la mayor importancia tampoco.

—¿Te ha gustado la cena? —me preguntó Bridget al salir del restaurante.

—Sí, mucho. Todo estaba delicioso y lo he pasado muy bien. Muchas gracias por invitarme.

—Me alegro mucho. Podríamos salir de vez en cuando hasta que te marches, ¿qué te parece?

—Por mí, perfecto. Siempre y cuando no trastoque vuestros horarios.

—Oh, no te preocupes, nos gusta salir a cenar, ¿verdad, John?

—Claro. Luego viene el invierno y hay que quedarse en casa. —Sonrió.

Al llegar a la esquina de la calle donde ellos vivían, saqué el móvil para comprobar si mis compañeros de clase decían algo respecto a las copas. Tenía un mensaje de Marie donde indicaba que estaban en un pub de la Gay Village, llamado Via Manchester, y me enviaba la ubicación. No había ni cinco minutos andando desde mi posición.

—Perdona, Bridget. He quedado con unos compañeros para tomar algo y me esperan. No llegaré muy tarde.

—Oh, por supuesto. ¿Tienes tu llave?

—Sí, sí.

—¿Te importa si le pido a Matt que te acompañe? No me gusta que vuelvas sola.

—Eh, bueno, a mí no me importa... No sé si él...

—Matt —lo llamó sin dejarme acabar la frase—, acompaña a Micaela a ver a sus amigos. No quiero que ande sola a estas horas de la noche.

Su hijo se giró, pues iba delante, hablando con su padre, y me miró. A mí solo se me ocurrió encogerme de hombros y sonreír.

—Claro, sin problema. —Caminó hacia mí—. ¿Adónde te llevo? —preguntó.
—Al Via Manchester.
—Nos vemos luego, que os divirtáis —se despidió Bridget al tiempo que se agarraba al brazo de John y emprendían la marcha en dirección a su piso.
—Vamos, el Via está cerca de aquí. Lo conozco muy bien. —Me guiñó un ojo.
—Sí, lo he visto en la ubicación que me ha mandado una compañera.
Matthew dirigió sus pasos en dirección contraria a sus padres mientras me explicaba dónde y qué nos encontraríamos en la Gay Villace. Al parecer, él era asiduo a muchos de los pubs y bares que se concentraban en ese barrio, junto al canal. También me contó que era uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad y el que recibía más visitas nocturnas.
Yo había leído algo sobre el tema, pero dejé que él se explayara en sus explicaciones, ya que estaba segura de que su información sería mucho más fiable y cercana.
En cuanto cruzamos el puente, nos vimos inmersos en una marea de gente que ocupaba la calle; pocos pasos hicieron falta para perder a Matt unos metros por delante. Avancé más rápidamente y, por inercia, me agarré a su camisa. Él se dio la vuelta un segundo, me sonrió y cogió mi mano para tirar de mí con suavidad a su espalda. Sus dedos envolvieron mi palma y sentí su protección a través de la piel. La suya estaba caliente y era suave, delicada y firme.
Se abrió paso entre las personas con decisión, pero con respeto, hasta que llegamos a la puerta de un local y se giró para mirarme.
—¿Dónde has quedado, dentro o fuera? —preguntó.
—Eh... No lo sé —contesté indecisa y perdida en el brillo que las luces y las sombras proyectaban en su piel blanca—. Voy a preguntarles.
Nos apartamos del paso de la entrada y rebusqué mi móvil en el bolso para llamar a Marie, pero no hizo falta. Antes de pasar el dedo por la pantalla, una voz gritó mi nombre. Levanté la cabeza y miré a mi alrededor hasta que localicé el brazo de mi compañera de estudios al otro lado de la calle, junto al muro del canal.
—Mira, están allí —le dije a Matt.
Lo agarré de la mano, como él había hecho antes, y lo arrastré hasta el lugar donde se encontraban mis recién estrenados amigos.

Recuerdo aquella noche como una de las mejores de mi vida. Hubo risas, bailes hasta querer amputarme los pies, complicidad con aquellos chicos que conocía desde hacía apenas una semana y... Matt.

MATTHEW

Llevo más de una hora sentado en el sofá. Aún no puedo creer que Mickey... Micaela esté en mi ciudad. Y encima está preciosa. Mierda. «No, Matt, no vayas por ahí». Me dejó tirado, abandonado, repudiado. Todo lo que vivimos no le importó en absoluto. Yo no le importé.

Me levanto para evitar que los pensamientos derrotistas vuelvan a invadirme. Por Dios, hace más de dos años. Lo superé, me repuse, seguí

con mi vida. Esta ciudad es grande, no tengo por qué cruzármela; además, no sé qué hace aquí. Quizá solo ha venido de visita o por trabajo. No sé nada de ella desde que envió aquel mensaje. Será mejor que cene algo y me meta en la ducha; he quedado con los chicos en el Via. Joder.

Allí, en ese *pub*, Micaela y yo rompimos el hielo.

Después de cenar con mis padres, la acompañé a reunirse con sus amigos. Enseguida hicimos piña. Eran muy sociables y yo siempre he sido un tío extrovertido; me gusta hablar con gente nueva. Tomamos unas cervezas en la calle y, sobre la una de la madrugada, entramos al pub para ver la actuación de mi amigo Richy. Trabaja allí desde hace años. Le encanta el faranduleo y es su forma de dar conciencia al mundo de que somos mucho más que nuestra clasificación binaria.

Allí me encontré con mis amigos y nos juntamos todos. Fue genial. Micaela estaba de lo más divertida esa noche. Supuse que en casa, con mis padres, quería guardar las formas; pero allí no dejaba de bailar con Marie. Y a mí empezó a subirme una especie de calor corporal al verla de ese modo. Risueña, sudada y preciosa. Joder, no podía dejar de mirarla. Si ya cuando la recogí en el aeropuerto, una semana antes, me pareció una belleza, aquella noche me acercaba a ella con cualquier pretexto. Preguntarle si se estaba divirtiendo, si estaba a gusto, si todo iba bien... Siempre me contestaba con una sonrisa y un asentimiento.

—Estoy mejor que bien, Matthew, no te preocupes por mí.

—Mi madre me matará si no me encargo de que vuelvas a casa sana y salva. —Le guiñé un ojo.

Apoyó su mano en mi hombro y se puso de puntillas para decirme al oído:

—Estoy segura de que me llevarás a casa en perfectas condiciones. —E imitó mi guiño.

Dios, le habría chupado la boca en ese mismo instante. Su voz melosa me produjo una descarga eléctrica que me llegó directa a la bragueta. Sí, tenía veintitrés años, aún pensaba demasiado con la polla, pero os aseguro que se me frío el cerebro más que esa otra parte.

Cuando sonaron las primeras notas de Can't Take My Eyes off You, ya no pude aguantar más. Me acerqué a ella con una sonrisa bromista, la cogí de la mano y la hice girar varias veces antes de agarrarla, con cuidado y sin pasarme, de la cintura. Ella colocó sus brazos sobre mis hombros y bailamos al son de la música, más dando saltos que otra cosa.

Su calor se me coló entre los dedos y sus ojos brillantes se clavaron en mis retinas. Eran caramelo líquido, una puta locura.

Volvimos a casa a carcajada limpia y doblados por la mitad. Fue la mejor noche de mi vida hasta ese momento. A partir de ahí, tuve claro lo que deseaba. Deseaba a Mica con todas mis fuerzas, con todas mi ganas, con toda mi ansia.



Because the night belongs to us
(*Because the Night* – Patti Smith)

Al final, Lali nos ha convencido para salir, así que hemos hecho turnos en el baño para vestarnos y maquillarnos. He dado gracias al universo porque el restaurante no es el mismo al que fuimos aquella primera noche. Al menos, estoy a salvo de recuerdos.

Mi compañera ha hecho honor a su hambre y se ha zampado no sé cuántos platos diferentes. A mí se me ha quitado un poco el apetito porque la muy burra ha insistido en salir de cervezas después. Como soy la única que ha estado en esta ciudad, me han asignado el papel de guía turística nocturna, y a mí me acaban de entrar todos los males. ¿Por qué? Solo conozco los lugares adonde me llevó Matt, y como el japonés está cerca de la Gay Villace, allí que me han hecho dirigirlas. De verdad, espero que él no esté allí.

Pero como la mala suerte desde que tomé la decisión equivocada de mi vida me persigue sin piedad, en cuanto entramos al *pub*, me lo encuentro de frente, en la barra con unos amigos y riendo de esa forma que me volvía loca.

Las arrastro al rincón de la izquierda a paso ligero para evitar quedarme embobada mirándolo y para que no me descubra. Por suerte, el local no está

aún demasiado lleno y podemos acomodarnos en una de las mesas altas que salpican el espacio.

—Mica, eres la que sabe qué se pide aquí. Ve tú a la barra —dice Victoria.

—Eh... será mejor que vaya Lali, tiene más desparpajo. —Esquivo su propuesta.

—¿Qué te pasa? Estás muy rara. Más de lo habitual, quiero decir. —Lali me enseña todos sus dientes en una sonrisa de burla.

—Es que... Matt está allí —digo con la boca pequeñita.

—Coño, ¿en serio? ¿Dónde? —Se gira y estira el cuello para mirar entre la gente.

—¿Quién es Matt? —pregunta Victoria.

—El amor de su vida —suelta Lali.

—Por favor... —suplico.

No me queda más remedio que hacer un resumen, muy resumido, a Victoria de mi historia con Matt.

—¿Por esa razón te apuntaste la primera para venir aquí?

—Ni lo dudes —contesta Lali por mí—. Joder, Mica, dime quién es, anda.

Bufo, suspiro, respiro.

—El rubio delgado y alto que hay en el centro de la barra con otros chicos.

Las dos se giran como si fueran siamesas, y a mí me vuelven a entrar los siete males. Con tan poco disimulo, al final, se va a dar cuenta de que estoy aquí, y no estoy segura de poder enfrentarme a él, tras avasallarlo en la puerta de su casa.

—Joder, no me extraña que aún sigas colada por él —dice Lali al tiempo que salta del taburete—. No te voy a hacer sufrir más. ¿Qué queréis tomar? Ya voy yo a pedir.

Vuelvo a suspirar, pero esta vez de alivio. Lali, a veces, me saca de mis casillas, aunque siempre consigue que sonría y me olvide un poco de mis paranoias. El problema viene cuando la veo recolocarse el vestido y el pelo antes de echar a andar hacia la barra. La conozco, ese gesto es para entrar a matar. Y antes de que pueda detenerla, se aleja con paso decidido y bamboleo de caderas incluido. Como se acerque a ellos, la mato.

Apoyo el codo en la mesa y, con la mano, me tapo media cara sin dejar de observarla. No solo se aproxima al grupo, sino que además pasa por en medio para que quede claro que quiere llamar su atención. La descuartizo y tiro sus pedacitos al canal. Lo juro.

Lali es una rubiaza alta, es imposible no mirarla si la tienes cerca. Y eso hacen ellos. Todos. Se apoya en la barra y sonríe al camarero. Él le guiña un ojo y prepara las tres cervezas que le demanda. Si lo sé, le pido algo más fuerte.

Coge los tres vasos y vuelve hacia nosotras, no sin antes echarle una miradita al grupo de chicos que siguen todos sus pasos.

Cuando posa las bebidas sobre la mesa, me sobresalto y levanto la cabeza. Craso error. Sin remedio, me topo con los ojos escrutadores y fríos de Matt. La misma mirada reprochadora con la que me observó hace unos días, y aun así, no puedo apartar los míos. Es él quien, pasados unos segundos, se da la vuelta para apoyarse en la barra.

—Voy a matarte —le digo.

—¿Por qué? Encima que he ido a pedir... No hay quien te entienda —se burla. La muy hija del mal se burla.

Lo dejo estar. No merece la pena explicarle nada, porque sabe a la perfección lo que ha hecho.

Dos cervezas después, estoy más relajada; he conseguido dejar de mirarlo y me he centrado en la conversación, las risas y el alcohol. Hasta que Lali decide que es un buen momento para dejar la mesa y bailar. Vale. Aquí, en este rincón, me siento protegida, pero si me levanto y bailo, se me van a ir los ojos, las manos, el cuerpo y los recuerdos de nuevo. Los puñeteros recuerdos.

Matt alrededor de mi cuerpo, llenándolo todo. Sus manos sobre mis caderas, sobre mi vientre; sus labios sobre mi piel, sobre mi boca. Nuestro sudor mezclado, nuestro aroma compartiendo espacio. Su voz ronca susurrando en mi oído. Matt. Matt por todas partes.

¿Hay algo peor que eso? ¿Hay algo peor que el anhelo insatisfecho? Sí, la culpa. Y la música. *Because the Night*, de Patti Smith, fue nuestro primer beso. Y acaba de empezar a sonar. Cierro los ojos y me dejo llevar, esta vez sí, por las imágenes del pasado.

Aquel tercer sábado de mi llegada a tierras inglesas, en lugar de hacer turismo con los de la academia, decidí que fuese Matt quien me enseñara la ciudad. Y, ¿adónde me llevó? A la Biblioteca John Rylands. Aluciné. El edificio, por fuera y por dentro, con su estilo neogótico, me dejó perpleja. Sus altísimos techos, las diferentes plantas y salas privadas de estudio, las estanterías, las colecciones importantísimas que alberga. Todo. Disfruté como una niña. Nos tomamos fotos en cada rincón, hasta en los baños. La recorrimos de arriba abajo. Estuvimos toda la mañana.

Al salir, pasamos por la tienda de souvenirs del edificio. Compré varias libretas, una agenda, bolígrafos... pero no pude comprar ningún libro porque me parecieron excesivamente caros. Me enamoré de una edición preciosa de La princesa prometida. Tapa dura, blanca, brillante, con decoración y letras plateadas. Una maravilla. Pero costaba cerca de cincuenta libras. Así que me conformé con la bolsa de papel donde me entregaron mis compras.

—¿Tienes hambre? —preguntó Matt al poner un pie en la calle.

—Mucha —contesté con los ojos muy abiertos.

—Ven, te voy a llevar al mejor Fish and chips de la ciudad. —Me guiñó un ojo y me arrastró de la mano.

En apenas quince minutos, estábamos sentados sobre unos taburetes con una platano de corcho lleno hasta arriba de pescado rebozado y patatas fritas. Estaba de muerte. Me chupé los diez dedos de las manos, ni siquiera usé los cubiertos de plástico que nos dieron porque me produce dentura.

Matt me miraba divertido.

—¿Qué? —pregunté.

—Da... gusto verte comer. —Se mordió el labio inferior.

Se me fueron los ojos a esa porción de carne que desaparecía dentro de su boca. A esas alturas, después de casi veinte días bajo el mismo techo, Matt ya se paseaba sin camiseta por su casa y a mí se me iban los ojos, incluso lo espiaba a través de la rendija de su habitación. Me olvidé hasta de que llevaba dos años saliendo con Nacho. Llamadme lo que queráis. Si no podía dejar de observar a Matt había dos razones para ello. Una, mi relación con Nacho estaba de capa caída y fría. Me había tomado esas semanas para reflexionar sobre ello. Y dos, Matt era puro pecado. Y no me avergüenza reconocerlo.

El azul de su mirada se oscureció y yo deseé, en ese mismo instante, que me besara. Pero no lo hizo. No entonces.

Regresamos casi a la hora de cenar, después de recorrer el centro y de que Matt me ofreciera volver en Navidad para disfrutar de los mercados. Mi mente ya empezó a pensar qué fechas tendría disponibles, y si no, un fin de semana tendría que bastar; o dos.

Matt desprendía vitalidad y energía a raudales y me arrastraba con él. Disfruté muchísimo de todos los lugares a los que me llevó ese día. Y aún me esperaba la noche.

Se había convertido en costumbre, en las últimas semanas, quedar en el mismo pub con sus amigos y los míos. Nos juntábamos diez personas cada viernes y sábado para disfrutar de la música, de las actuaciones de la Gay Villace, del baile y la cerveza.

Cuando llevábamos allí un par de horas, el local y la calle estaban a rebosar. Sin querer, o no, Matt y yo nos buscábamos con la mirada y también con las manos. Nos rozábamos con movimientos descuidados y llenos de intenciones. Había sido un día fantástico a su lado, y cada vez me gustaba más estar con él. Y sonó la canción de Patti, en una versión techno. Esa que hizo a Matt acercarse y cogerme de la cintura para bailar más cerca que en toda la noche.

Ya lo había oído en su habitación cantar aquella canción en su versión más lenta, pero allí resonaba por los altavoces a toda caña. Me balanceaba agarrada a sus brazos sin dejar de observar su boca. Sentí un cosquilleo subirme por la espalda y hacerse paso entre mis pechos hasta que los pezones se endurecieron por el efecto del escalofrío entre el sudor. Matt agarró mi camiseta entre sus dedos con más fuerza, como reteniendo algún tipo de instinto. Y me observaba. Me observaba sin

decir nada. Yo intentaba mantener el tipo, lo juro. Intentaba retener el impulso se abalanzarme cuando se acercó a mi oído.

—No lo pienses más. Lo estoy deseando.

Cerré los ojos. El hormigueo había llegado a sus niveles máximos entre mis piernas. Apoyé la frente sobre su hombro, sopesando las consecuencias de lo que estábamos a punto de hacer. Su aroma a suavizante, sudor limpio y perfume me golpeó las neuronas.

Me incorporé y lo miré. Asentí con un pequeño movimiento de cabeza y los labios entreabiertos. Matt dirigió su mano a mi nuca y yo agarré esa misma muñeca, como si quisiera aferrarme a algo porque sabía que, en cuanto su boca entrara en contacto con la mía, caería en picado.

El muy... cabrón se tomó su tiempo. Arrimó su cuerpo al mío sin dejar de mover sus caderas contra mi vientre. Recorrió mi rostro con ojos atentos, y una sonrisa traviesa tiró de la comisura de sus labios. Puñetera boca. Su aliento tanteó al mío, ya me costaba respirar, y su piel rozó la mía. Descarga. Me ofreció un poco más. Doble descarga. Y engulló mis labios. Triple descarga. Abrió la boca y se tragó la mía. Mil voltios de potencia se colaron por mi garganta y llegaron directamente al vértice entre mis piernas.

Los besos de Matt eran como él. Sensuales, fogosos y vehementes. Exigentes. Llenos de todos los ingredientes para perder la cabeza y... las bragas. Estuvimos horas besándonos entre la muchedumbre. Acompasábamos nuestros movimientos a la música y a las, cada vez más, ganas de tocarnos. No pude evitar gemir en su boca al tiempo que notaba la vibración de los suyos en la mía. Aquello era la pescadilla que se muerde la cola. Cuanto más nos besábamos, más gemíamos; cuanto más gemíamos, más nos besábamos. Perdí la noción del tiempo, del espacio y de la realidad.

Ese fue el punto en el que nuestra historia cambió.

MATTHEW

¿Por qué está aquí? ¿Por qué ha vuelto? Maldita sea. Todos los recuerdos enterrados en el más recóndito lugar de mi cerebro han salido a la luz desde que la vi la otra mañana. No puedo permitirme el lujo de dejarme arrastrar de nuevo, pero me muero por saber el motivo por el cual está aquí, en nuestro *pub*. Me costó la vida entrar aquí sabiendo que no volvería a verla jamás. Y ahora...

La besé aquí, en este mismo lugar, con esta misma canción.

Después de besarnos durante horas, sin apenas separar nuestras bocas y nuestros cuerpos, la arrastré calle abajo hasta casa. La apoyaba en todas las paredes que encontré por el camino para volver a perderme en su sabor.

—Besarte es como estar entre el cielo y el infierno —le dije en una de aquellas veces que deteníamos nuestro paso—. Placentero y ardiente...

Sus ojos brillaban de un modo incandescente. Miel caliente. Puro éxtasis. Jamás había sentido convulsionar mi cuerpo tanto como aquella noche. Me embriagó de pies a cabeza. Todos mis sentidos estaban puestos en ella. Y ver las ganas con las que me abrazaba, me tocaba, recorría mi boca con su lengua deliciosa, no hacía más que aumentar mis ansias.

Pero no podíamos follar en la calle, y en mi casa tampoco. No quería privarme de gritar lo que mi cuerpo me pedía con mis padres en la habitación de al lado y estaba seguro de que ella menos aún. Mica se comportaba de forma respetuosa y comedida en casa.

—Será mejor que nos calmemos un poco antes de llegar —dije con todo mi pesar. Apoyé una mano en la pared, junto a su cabeza—. Si seguimos así, me voy a correr en los pantalones.

—Yo voy a tener que lavar las bragas a mano. Me da vergüenza que tu madre las vea en este estado.

—Y, ¿cómo están? —Volví a acercarme. Aquello había que pararlo, pero no podía, no quería.

—¿Quieres averiguarlo por ti mismo? —me soltó.

—Joder... —Arremetí contra su boca otra vez.

Mica no tenía ni idea de lo que estaba despertando en mí. Y yo tampoco, os lo aseguro.

Y ahora la tengo delante. Bailando de forma comedida con una cerveza en la mano y riendo con dos chicas. No puedo más.

Me acerco a ella despacio, aún no sé si esto es buena idea, pero necesito saber por qué está aquí, en mi ciudad, después de dos años.

—¿Podemos salir un momento? —pregunto en su oído con la voz más serena que puedo emitir.

Se gira en un movimiento rápido y clava su mirada en la mía. Malditos ojos de miel. Asiente despacio. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta. Me alejo hasta el primer callejón sin detenerme a ver si me sigue. Imagino que sí. Cuando encuentro un lugar donde no hay demasiada gente, me detengo y me doy la vuelta. Ahí está, a apenas unos pasos de mí.

—¿Qué haces aquí?

—¿A qué te refieres?

—A por qué estás en Manchester.

—He venido por trabajo.

—¿Cuánto tiempo?

—Indefinidamente.

No puedo evitar sorprenderme. Vive aquí.

—¿Cuándo has venido? —Sé que mi voz suena seria y vehemente, pero no quiero bajar la guardia.

—Hace un par de semanas —contesta—. Matt, lo siento, de verdad. Solo fui a buscarte porque me gustaría hablar contigo, explicarte... lo que ocurrió. Después, si no quieres volver a verme, desapareceré.

Estoy a punto de ceder, lo sé.

—Está bien. Mañana, en el Costa Coffee de Picadilly Gardens, a las diez.

—Gracias.

Inspiro con fuerza. Tenerla tan cerca y no tocarla me está volviendo loco.
Y yo que pensaba que todo lo que sentía se había volatilizado.

—Adiós.



Call my name or walk on by
(*Can't You Forget About Me* – Simple Minds)

No he dormido apenas en toda la noche. Que Matt haya aceptado que hablemos es un alivio, pero también me produce una ansiedad nerviosa. Sé que, con el tiempo que ha pasado, debería tener controlados todos los sentimientos que durante años he retenido en mi memoria. Pero a estas alturas tengo claro que me enamoré de él como una adolescente; Matt entró y se ha quedado para siempre. Jamás podré sacarlo de ahí, por mucho que lo intente.

Es cierto que le he dicho que si no quiere saber nada más de mí, desapareceré y no lo molestaré más, pero ya no estoy tan segura de ello. No quiero renunciar a él. No quiero renunciar a lo que siento cuando estoy con él. Sí, digo «estoy», en presente, porque todo se ha desbordado. Todo ha vuelto como si nunca se hubiese quedado atrás. Con él me sentí más viva que nunca, más yo que nunca. Sin él, seré yo, pero me faltará una parte. Una parte importante. Amar sin medida te da la vitalidad, la fuerza, para vivir al máximo. Así que no, no voy a renunciar.

He venido caminando hasta aquí. Necesitaba pensar, despejarme, ordenar en mi cabeza lo que quiero decirle. Aún faltan veinte minutos para la hora, y me paseo por esta plaza donde hace poco más de dos años, después de mostrarme más rincones de la ciudad, nos sentamos sobre la

hierba y nos comimos unos sándwiches mientras hablábamos de cualquier tema, hasta que él soltó la bomba de lo que ocurriría esa misma noche.

Era el cuarto sábado, tercera semana de mi estancia, el fin de semana siguiente a nuestros besos desesperados en el pub y en mitad de la calle.

—Le he pedido a Richy las llaves de su apartamento para esta noche —dijo con su mirada fija en la mía.

—¿Estás seguro?

—¿Tú no? —Sus ojos se abrieron ligeramente, y yo me sentí culpable por hacerlo dudar.

Lo teníamos claro desde hacía días. Aprovechábamos cada rato que sus padres no estaban en casa para besarnos por los rincones, pero no nos atrevimos a «dar el paso» por si nos pillaban. Sería una situación demasiado embarazosa, sobre todo para mí. Nos conformábamos con acumular ganas. Me había dicho que buscaría la forma de estar los dos solos y cumplió su palabra. Esa noche tendríamos el apartamento de Richy a nuestra disposición durante unas horas, mientras este actuaba en el pub.

—Sí, lo estoy deseando —parafraseé lo que él dijo justo antes de comernos a besos la primera vez.

Sonrió satisfecho. Y yo me sentí pletórica con la idea de disfrutar de nuestros cuerpos desnudos. Lo que no sabía era que acostarme con Matt sería lo más alucinante que había hecho en la vida.

Entro en el Costa Coffee a falta de cinco minutos para la diez. Busco una mesa en un rincón, junto a la ventana, y me siento. Pido uno de sus cafés especiales y, antes de que me lo traigan, veo a Matt caminar por la calle en dirección a mi posición. Entra, me localiza y se acomoda frente a mí sin articular palabra. Me observa con rictus serio. Mandíbula ligeramente tensa y ojos fríos pero amables.

—Hola —consigo decir.

Él solo asiente. Ni siquiera se ha quitado el abrigo. Estamos a principios de febrero, y yo tengo las manos y los pies helados, aunque no sé si es de frío o de nervios. No parece muy dispuesto a creer lo que tenga que explicarle, pero tengo que intentarlo.

Cuando los dos tenemos frente a nosotros las tazas humeantes, me arranco a hablar.

—Cuando volví a casa, mi padre me había conseguido un puesto en un periódico a media jornada. Le expliqué que no podía aceptarlo, que el máster que pretendía estudiar en Madrid, lo haría en Manchester. Se negó. Él y mi madre, los dos. No iban a pagar ese «despropósito», ya tendría tiempo de hacer mi vida cuando ganara mi propio sueldo. Mientras estuviera bajo su techo, acataría sus decisiones sobre mi futuro, me dijeron. Grité, lloré y los amenacé con largarme igualmente. Y me invitaron a ello,

sí. Pero ¿adónde iba yo con veintidós años, sin el máster y sin un medio con el que subsistir? —Se me encoge el nudo que aún llevo en el pecho por ese motivo.

—¿Por qué no me lo explicaste entonces? —Su voz es tan distante que dudo de que sea el mismo Matt de hace dos años.

—Sabía que me convencerías para volver y, créeme, no era buena idea.

—¿Por qué no? Te dije que viviríamos en casa de mis padres hasta que pudiéramos alquilar nuestro propio apartamento. Te habría ayudado en lo que necesitaras.

—Lo sé. Precisamente por eso. Me habrías convencido y esa no era una buena forma de empezar una relación, Matt. —Lo miro con la disculpa en los ojos, yo no pretendía que nada de aquello ocurriera.

—No hablaste conmigo. Me apartaste. Habríamos encontrado una solución, aunque fuese vivir separados durante un tiempo.

—No habría salido bien...

—Eso ya nunca lo sabremos.

—Matt, estaba desesperada. No sabía qué hacer. Me debatía entre la razón y las ganas de estar contigo. Pero éramos muy jóvenes, no era el momento.

—Debiste hablar conmigo. Lo siento, pero no te comprendo. ¿Tan mal concepto tienes de mí que pensaste que no lo entendería? —Se apoya con los codos en la mesa para acercarse a mí—. Te llevaste mi alma, ¿qué otra cosa no te habría dado? Todo, Mica. Te lo habría dado todo.

—Si hubiese venido en contra de la voluntad de mis padres, no me hubiese sentido bien, no estaría al cien por cien.

—No te hubiese obligado a venir, habríamos cambiado el plan inicial, pero preferiste tomar tu propia decisión, sin contar conmigo.

—Lo siento, Matt. Sé que me equivoqué, pero no puedo cambiar el pasado y mis decisiones erróneas, solo puedo esperar que me perdones. Si no quieres, lo entenderé.

—Si te perdono, ¿qué? ¿Qué cambiará entre nosotros? Nada, Mica. No cambiará nada. Pero tienes razón. Si no confiaste en mí, nuestra relación no hubiera salido bien. La confianza y la comunicación son vitales para que cualquier relación funcione. Tú no las tuviste, y yo, ahora, tampoco.

Se levanta y se aleja. Se me congela todo dentro. No hay vuelta atrás. Esto ya no lo arreglamos en la vida.

MATTHEW

No me lo puedo creer. Que no confiara en mí es aún peor que me dejara tirado. ¿Tanto le costaba decirme lo que le ocurría? Habría hecho lo que fuera, estaba loco por ella. Conocerla había sido lo mejor que me había pasado en la vida. Me sentí más vivo que nunca. Mis sentimientos eran tan grandes que no me cabían en el pecho; se me desparrramaron por las venas como un suero mágico que te impulsa a afrontar cualquier adversidad. Confiaba en lo que construimos en tan solo unas semanas; era real, era vital, era el puñetero nirvana.

La primera vez que la besé, lo supe. Supe que había encontrado a mi compañera, así de claro y contundente. Pero cuando la toqué, la olí, la sentí, la escuché gemir en mi oído, me enterré en ella... Ya no hubo marcha atrás. Mi cuerpo la llamaba a gritos, mi alma se enredó en la suya.

¿Y ahora qué? ¿Qué hago con estos pensamientos que no dejan de retumbarme en la cabeza? Aún recuerdo el tacto de su piel pegado a la mía, sus manos, su boca, el interior de su cuerpo.

Llego a casa y me tiro en la cama, con ropa incluida. Miro al techo y la veo a horcajadas sobre mí. No sirve de nada cerrar los ojos, porque esa imagen está clavada a martillazos en mi cerebro, y él no necesita ver para sentir y devolverme hasta ese punto exacto de nuestra historia.

Entramos en el piso de Richy comiéndonos a besos ya. Nuestras mochilas con ropa de recambio quedaron abandonadas junto a la puerta. Yo conocía a la perfección la distribución del interior, así que no tuve problemas en arrastrar nuestros cuerpos semidesnudos hacia la habitación que mi amigo había tenido la amabilidad de dejar lista para nosotros. Hasta esa confianza llegaba nuestra relación.

—Dios, estoy a punto de explotar —susurré sobre sus labios.

—Llevamos muchos días deseando esto, es normal, ¿no? —Me sonrió.

—Llámame intenso o lo que quieras, pero me duele la piel de las ganas que te tengo. —La tumbé sobre la cama y me alejé un poco para observarla—. Eres un pecado mortal. Me da igual si voy al infierno, quiero comerte hasta llenarme de tu esencia.

—Quiero hechos, Matt, no palabras. —Sonrió de nuevo, la muy desvergonzada. Joder, era mi debilidad. Lo supe en cuanto la vi.

Metí mis manos bajo su falda y le arranqué las bragas por las piernass. Las camisetas las habíamos perdido minutos antes, y acabé de desabrocharme el pantalón. Caí en el hueco de su cuerpo y me rodeó por la cintura con sus muslos.

—Pequeña Mickey, no sabes lo que has dicho...

—¿Mickey?

—Sí, hoy me voy a comer el ratón que tienes entre las piernas, el ratón Mickey.

Se echó a reír como una loca y yo me tragué sus carcajadas con la lengua; la misma lengua que recorrió su cuerpo entero, de arriba abajo, de abajo arriba, de fuera a dentro, de dentro a fuera.

El sexo con Mickey era una mezcla de risas, jadeos y frases llenas de provocación. Nos gustaba mirarnos a la cara mientras follábamos. Allí, ella perdía parte de la dulzura con la que actuaba fuera de la cama, y me regalaba sus miradas más oscuras. Juro que me faltaban manos para complacerla, porque eso es lo que quería, llenarla de mis huellas y mi besos.

Aún conservo su sabor en la boca.



I won't go, I won't sleep, I can't breathe
(*Here With Me* – Dido)

Me siento igual que cuando mi padre me prohibió volver a Manchester. De verdad que no lo entendí, supongo que por eso comprendo que Matt no me perdone. Yo tampoco he perdonado a mis padres por obligarme a hacer algo que no quería, aunque tuvieran razón. Quería equivocarme yo. Quería ver si todo lo que había vivido en aquellas semanas llegaba a mucho más, pero no tuve la oportunidad. Y me quedé encerrada en mi habitación durante días. No quería ver ni hablar con nadie. Escribí a Nacho para decirle que no quería seguir con nuestra relación; escribí a mis amigas de la facultad para decirles que no tenía ganas de salir a ninguna parte cuando recibí varios mensajes reprochándome haber cortado con Nacho. Los bloqueé a todos. Matt incluido.

Estaba enfadada con el mundo y no quería que el mundo se inmiscuyera en mi vida. Una vida que había menguado hasta convertirse en el espacio entre las cuatro paredes de mi habitación. Pasé las dos semanas que le quedaban al mes de agosto encerrada, apenas salía para comer y poco más. Mis padres se habían ido de vacaciones y tenía la casa para mí sola. Mejor.

Pude gritar, llorar y martirizarme con cada una de las canciones que me recordaban a Matt. Pero no tuve el valor de hablar con él. No supe actuar. No supe decidir. Estaba convencida de que podría volver a Manchester,

pero la rotunda respuesta de mis padres me desestabilizó. Fue un mazazo. No supe encarar la frustración. Me sentí como una niña a la que le quitan el caramelo de la boca para tirarlo a la basura sin razón aparente. A partir de ahí, mi comportamiento en casa apenas se convirtió en un «hola y adiós» al entrar o salir de mi habitación.

—Así solo demuestras que teníamos razón al no permitirte estudiar durante dos años fuera. No eres más que una niña consentida, y eso se va a acabar —dijo mi padre en uno de sus arrebatos por mi actitud.

No me importó. Yo solo tenía una cosa en mente. Trabajar en el periódico, estudiar el máster y reunir el suficiente dinero para largarme de allí. Aguanté los dos años de estudio para que mis padres pagaran; sí, un poco egoísta, pero seguía enfadada. Y, aunque nuestra relación se había destensado, mi objetivo no era otro que continuar con lo que había planeado. Trabajaba más horas de las que me correspondían en el periódico para que me tuvieran en cuenta, para que cuando acabara el máster renovaran mi contrato con más horas y más dinero.

Hice desaparecer mi vida anterior. No más Nacho ni más amigas que prefirieron estar de su lado que del mío. Me quedé sola, pero todo aquello tendría que valer la pena.

Por suerte, en el periódico conocí a Lali. Las dos entramos al mismo tiempo y hacíamos las mismas horas. Éramos las becarias perfectas. Enseguida entablamos amistad; con Lali no hay otra opción que rendirte a su personalidad loca y generosa. Me volqué en ella. Me dejé llevar por ella. Me salvó de caer aún más profundamente en aquel pozo negro y frío. Hasta me ofreció vivir las dos juntas en cuanto estabilizáramos nuestra economía. Ahorramos todo lo que pudimos con un pobre sueldo de media jornada, pero lo conseguimos. En cuanto obtuve mi título, me fui con él bajo el brazo y una maleta cargada de ilusiones e independencia. Lo único que puedo agradecer a mi padre es que me consiguiera ese trabajo en el periódico de un importante cliente de su bufete.

Lali es la única que sabe con detalle todo lo que ocurrió con Matt. Era mi única amiga. La única persona con la que pude contar.

Me ha visto llorar a moco tendido por la situación y ha aguantado mis horas de silencios con una entereza digna de una santa. También me ha pegado broncas de lo más vergonzosas para mí.

—Deja de malgastar energía llorando, maldita sea. Haz algo. Vámonos a Manchester, yo te acompaño.

Esas eran sus frases estrella.

Sí, yo quería volver a esta ciudad, pero quería hacerlo bien. Definir una estrategia. Tener experiencia suficiente como para buscar trabajo en un país que no es el mío. Estabilizar mi vida e ir en busca de Matt. Costara lo que costara. ¿El error? No contar con él en un plan que lo atañía. Y sí, tiene razón. Me faltó confianza. Confianza en mí misma. Si me decía que lo dejara todo para irme con él, lo habría hecho sin dudar. Y habría sido el fin. Porque yo no estaría a gusto viviendo de la caridad de sus padres ni de haber dejado mi hogar en aquellas circunstancias. Vale, tampoco es que fuesen las más idóneas cuando me quedé, pero eso me permitió trazar mi meta. Si me hubiese ido y la cosa hubiera salido mal, no habría podido volver a casa. De eso no me cabe duda. Y, entonces, ¿qué?

Unos toques en la puerta me traen de vuelta a la realidad.

—Adelante.

Lali aparece a través de la rendija.

—¿Puedo?

Asiento al tiempo que me incorporo en la cama y apoyo la espalda en el cabecero.

—Llevas horas aquí encerrada. No he querido molestarte, porque he imaginado que las cosas no han ido como esperabas. —Se sienta frente a mí.

—Si te soy sincera, no sé cómo ha ido. Solo puedo decir que Matt está enfadado, y tiene razón. Cree que no confié en él, cuando en realidad no confiaba en mí misma. Debí hablar con él antes.

—Ahora ya está hecho. Pero estás aquí, has conseguido llegar adonde querías. No te rindas ahora. Estoy segura de que solo necesita tiempo para asimilar que has vuelto y lo que le has contado.

Sonríó porque siempre tiene palabras de aliento y ánimo cuando las necesito. No sé qué habría hecho sin ella todos estos años.

—Vivimos una relación de apenas cinco semanas; no creo que siga sintiendo lo mismo que entonces. Ha pasado demasiado tiempo.

—¿Tú lo sigues sintiendo?

—Yo sí, incluso te diría que más. Alimenté mis sentimientos con recuerdos e imaginando nuestro futuro juntos. Me pasaba el día en un

mundo paralelo donde éramos felices. Vivía más en los sueños que en mi propia vida. Era muy patético. A veces, me sumergía tanto en esa fantasía que me costaba volver; como cuando lees un libro, tienes que parar por algo, y es difícil salir de la historia.

—Pues ha llegado la hora de convertir los sueños en realidad.

MATTHEW

Me he venido al piso de Richy porque ya no aguantaba más. No podía dejar de pensar en ella y he preferido salir que quedarme encerrado como cuando me dejó sin pestañear.

—¿Qué ocurre, tío? Estás más mustio que mis boas cuando acaban empapadas de sudor en el escenario. —Me ofrece una cerveza y algo para picar.

—Mickey ha vuelto —suelto sin más.

—¿Mickey? ¿*Tu* Mickey? —Se le abren los ojos de par en par. Lógico.

—No ha sido mía nunca, y ahora, menos.

—Vamos, no me jodas. Eráis uno del otro. Jamás he visto tanta energía cuando estabais juntos.

—Esa energía se volatilizó con cuatro palabras.

—Vale, dejemos el pasado por un momento. ¿Cuándo ha vuelto? ¿Has hablado con ella?

Richy no estaba anoche por la labor de darse cuenta de su presencia en el *pub*. Le explico los detalles desde que me abordó en mi calle hasta esta misma mañana. No me había visto con ánimo de contárselo antes.

—No confió en mí, Richard.

—Al menos ha sido sincera y ha admitido su error. No la has perdonado, ¿verdad?

—Estoy confuso.

—Lo sé. Estás luchando entre lo que te pide el cuerpo y lo que te dice la razón.

—Supongo que es eso. Joder, que han pasado más de dos años y se presenta aquí sin avisar. Cuando la vi detrás de mí en la calle, casi me dio un puto infarto.

Richy se ríe con ganas, y yo sonrío porque no lo puedo evitar. Sus carcajadas son tan contagiosas que es imposible no imitarlo.

—Tronco, lo siento. No se puede luchar contra la naturaleza del amor. Y tú, amigo, estás hasta las trancas, igual que ella. Si no, ¿por qué ha venido a buscarte en cuanto ha puesto un pie en esta ciudad?

—No es tan fácil. Para mí, la confianza es lo más importante. Sin ella no hay nada.

—Si lo tienes tan claro, ¿a qué has venido a mi casa? ¿A que te dé la razón o a que te dé argumentos en contra?

—Richard, a veces, me sacas de quicio.

Vuelve a reírse como un oso. Total, por su tamaño, podría serlo perfectamente.

—Amigo, en tus manos está concederle tu perdón o pasar de largo.

Salgo de allí con más dudas que cuando entré, eso es lo único que he sacado en claro. Todo lo que sucedió con Mica (me niego a llamarla de otro modo en mis pensamientos) está mezclado en mi cabeza. Las risas, los paseos, su sonrisa, la humedad de su boca... pero también las lágrimas, el dolor en el estómago, la incompreensión, la frustración... ¿Qué hago con esto? Si no he conseguido borrarlo en dos años, ¿cómo voy a hacerlo ahora sabiendo que está aquí, en cualquiera de estas calles?

Tampoco sé si con nuestra conversación aspiraba a algo más. No la he dejado hablar lo suficiente como para que me explicara si aún siente algo por mí. ¿Y si Richy está en lo cierto y ha vuelto con la intención de pedirme algo más que una disculpa?

Mierda. No creo que pueda acercarme a ella sin caer de nuevo. Y no quiero. No quiero volver a sentir la desesperación y desilusión que me provocó su marcha. Lo mejor será dejarlo correr. No estoy preparado para enfrentarme a esto. No con todas estas dudas revoloteándome en la cabeza como buitres a la espera de tirarse en picado sobre la carnaza de mi pecho abierto en canal.



I can't get these memories out of my mind
(*Madness – Muse*)

Ha sido una semana de locos. No hemos parado ni un segundo entre acondicionar la nueva oficina del periódico y acabar de acomodarnos en el apartamento. Victoria no ha parado de hablar con el director en España para ponerlo al día de los avances; al parecer, quiere hacernos la primera visita en un par de semanas. También se ha encargado de introducir ofertas laborales en las diferentes plataformas y en las oficinas de empleo de la ciudad. Vamos a necesitar personal para poner en marcha todo esto lo antes posible.

Lali y yo nos hemos ocupado de poner al día el archivo y las webs, además de programar los artículos para los próximos días. Agradezco estar más que ocupada, de ese modo no me paro a pensar en Matt.

Hemos llegado muertas al piso, poco después de las cinco de la tarde. Es viernes y, lo siento, pero hoy me quedo en mi habitación en cuanto me dé una ducha, me da igual que Lali siga insistiendo en salir a tomar algo para despejarnos. A mí me va a despejar dormir hasta romper la cama.

—¿Estás segura? —Lali vuelve a asomarse por la puerta.

—No seas pesada, tía —la increpa Victoria—. Si no quiere salir, déjala en paz.

—Es que me temo que no sale por la razón equivocada.

—¿A qué te refieres? —Ha conseguido intrigarme. A ver qué me suelta ahora.

—Te quedas para no encontrarte con Matt, y no por estar cansada.

—Lárgate de aquí, pedazo de alcornoque. —Le tiro el cojín que hay sobre el edredón.

—Tengo razón, y lo sabes. —Cierra y las oigo desaparecer por el pasillo hacia la salida.

Me la igual el motivo; no tengo ganas de salir y punto. Aunque, bien pensado, ahora me quedo sola y me enzarzaré en pensamientos en los que no debo recrearme. Ay, Dios, no. Tengo sueño, ya he cenado y puedo dormir sin que me den la lata.

Corro la cortina y me meto bajo el edredón. Cierro los ojos y me concentro en respirar con tranquilidad. Lo noto, las ganas de perderme en la nebulosa de la inconsciencia se acercan, pero no vienen solas.

—Vamos, haremos el recorrido por donde, en Navidad, ponen los mercados típicos. Tendrías que venir para esas fechas, te encantaría, creo.

Bridget, la madre de Matt, se empeñó en que su hijo me mostrara la ciudad. Él no puso objeción y, una tarde, después de cenar en casa, me llevó a descubrir el centro. Aún no sabía lo que ocurriría días más tarde, pero ya empezaba a sentirme a gusto junto a él. Ya me dedicaba a observarlo y a escucharlo a través de la pared que separaba nuestras habitaciones. Incluso, ya sabía el repertorio de canciones que envolvían el piso con su voz de fondo, imitando al cantante de turno.

—Oh, sería genial. Me cautivan los mercados navideños, con todos esos puestecitos y luces.

—Y comer un frankfurt en la calle.

—Y esos brebajes calientes. ¿Cuál es el típico aquí?

—El mulled wine^[1], como en la mayoría de lugares de este país.

—Como siempre he venido en verano, no he tenido ocasión de probarlo.

—Por eso te digo que tienes que venir en invierno.

—¿Me estás invitando?

—Claro. —Se encogió de hombros como si fuera lo más natural del mundo y sonrió de aquella forma que empezaba a ser un calvario para mi salud mental.

—Lo pensaré.

Me llevó por los diferentes lugares donde se asentaban cada año las más de trescientas casetas y me explicó que, en cada emplazamiento, el ambiente era distinto. Se dividían por tipo de negocio. En unos sitios solo había comida, en otros, souvenirs, productos navideños, zonas de recreo. Aún no me había marchado y ya tenía ganas de volver para ver todo aquel espectáculo de luces, colores, aromas y sabores.

Pero la vida no sale siempre como la planeas. A veces, incluso te golpea tan fuerte que te tumba de espaldas y eres incapaz de levantarte.

MATTHEW

Menuda semana de mierda. Me he pasado los días enterrado bajo una máquina que no había forma de poner en marcha. Y, vale, el problema era complicado, pero ha sido culpa mía no ir más rápido; la mayor parte de las horas estaba fuera de órbita. Y me jode. Me jode volver a pasarme el día pensando en Mica. No quiero. Ya tuve bastante desorden emocional en su momento.

Y ahora resulta que me la voy a encontrar en el *pub*. ¿Por qué cojones ha vuelto? Me niego a verla. No tengo ánimo ni para divertirme, pero Richy es muy cabezota y, si no aparezco, es capaz de venir a buscarme y llevarme a rastras. Así que no me queda más remedio que ir al encuentro de mis amigos con la esperanza de que ella no se deje caer por allí.

Antes de abrir la puerta del bar, respiro hondo y cuento hasta diez. «No pasa nada, Matt. Es solo una chica con la que saliste, como otras». Tiro del mango y entro con decisión. En cuanto localizo a mis amigos, mis nervios se templan unos grados.

—Hombre, pensé que tendría que ir a buscarte —suelta Richy al tiempo que alarga su mano para que se la estreche.

—Deja al chaval, que está jodido —lo increpa Jamie. Este pobre ha tenido que aguantarme en el trabajo y no ha sido fácil.

—Siento la semana que te he dado —le digo avergonzado.

—Bah, la próxima será mejor.

—Bebe un par de cervezas y adiós a los problemas. —Me guiña un ojo Richy.

Hoy no actúa, así que seremos tres durante toda la noche. Josh tiene un compromiso familiar y no ha podido venir.

Después del par de cervezas que me ha «recetado» mi amigo, conversaciones varias y risas chorras, noto mi cuerpo totalmente relajado hasta que me da por mirar a mi alrededor y localizo a las dos chicas que iban con Mica la semana pasada. Sé que son ellas porque me tiré un buen rato observándolas antes de acercarme a Mica y sacarla a la calle.

Ríen y bailan ajenas a mi escrutinio. Solo están ellas. ¿Y Mica? Sin poder evitarlo, echo un ojo a todo el local, pero no la encuentro por ninguna

parte. Ni siquiera, al cabo de unos minutos, aparece junto a sus amigas. No parece que las acompañe esta noche. Mejor.

—¿Qué pasa, Matt? —Richy siempre está atento a todo, jodido cabrón.

—Nada. He creído ver a las chicas que iban con Mica la semana pasada. Pero parece que hoy no está con ellas.

—¿Eso te preocupa? —Sonríe de medio lado.

—Me preocupa volver a encontrármela.

—Te pasa por no haber acabado la conversación.

—Me pasa por gilipollas. No sé por qué me importa tanto. Ya no somos nada. Dejamos de serlo hace mucho.

—Está más que claro. Pero estoy seguro de que ella no te dejó porque no estuviera enamorada de ti. Fue por otra cosa, y esa cosa, ahora, ya no existe.

—Me guiña un ojo.

Y como el gilipollas que he dicho que soy, saco mi móvil del bolsillo y me voy a la conversación que quedó abandonada hace dos años y leo las últimas líneas que me muestra la pantalla.

Mickey

Mis padres no me permiten estudiar el máster fuera. Si me voy, me quedo sola.

Matt

No te preocupes, encontraremos una solución.

Mickey

No, Matt. Esto no tiene solución, no hay por donde cogerlo.

Matt

No seas tan negativa, Mickey.

Mickey

Se acabó, Matt.

Lo siento, no puedo.

Y vuelve el maldito desasosiego. Y la rabia. Y la impotencia. Y las ganas de gritar y estrellar el móvil contra la pared.



Say: « Oh, oh, oh, oh » .
(*Pump It* – Black Eyes Peas)

Cuando Lali y Victoria aparecen en el salón, yo ya he arreglado mi habitación, he puesto varias lavadoras, he metido los platos en el lavavajillas y he desayunado.

—¿Qué tal anoche? —pregunto desde el sofá.

—Bien, ¿y tú? —responde Lali mientras trastea con la cafetera. Está claro que quiere hacerme sufrir sin contarme los detalles de su paso por el *pub*. Porque estoy segura de que volvieron allí.

—Bien. He dormido un montón de horas y me he recuperado genial. —Sonrío al ver que está al borde de tirar el aparato.

—Déjame a mí, te la vas a cargar, burra. —Victoria interviene antes de que tengamos que comprar una nueva.

Lali levanta las manos en son de paz y se sienta a mi lado en el sofá. Desde aquí podemos ver y escuchar a Victoria; la cocina está integrada en el salón.

—No hay nada como hacerse la tonta para que te preparen café —me susurra Lali.

Me tapo la boca para no soltar una carcajada.

—Tienes mucha cara.

—Te he oído, así que mi buena acción del día va a quedar anulada para otro momento —se queja Victoria sin dejar de moverse por la estancia.

Esta vez no me privo de reír.

—Mierda. —Lali vuelve a la cocina y, esta vez, se prepara un café, además de unas tostadas para Victoria en señal de disculpa por la broma—. Por cierto, anoche vimos a Matt.

Se me corta el café en el estómago.

—¿Era necesario que lo soltarás así, de sopetón? —la increpa Victoria.

—Las cosas, mejor de golpe.

—Espero que no hayas hecho ni dicho nada digno de hacerme enfadar —intervengo.

—No, tranquila. Le dije que si se acercaba a menos de dos metros de él, la dejaba tirada —responde Victoria.

—Gracias.

—Pero qué poca sangre tenéis las dos —se queja la aludida—. Aunque... me encontré a su amigo en la entrada del baño.

—¿Qué amigo? —se me adelanta Victoria.

—El cacho negro que estuvo con él y con otro pelirrojo.

—¿Richy? —No lo vi la otra noche, pero seguro que andaba por allí.

—¿Se llama así el mulato? —pregunta Lali.

—Sí, es el mejor amigo de Matt. El pelirrojo no sé quién es.

—Pues el tal Richy está para untarlo en nata y hacerte un suizo con él.

Ahora es Victoria la que suelta una carcajada y casi tira el café de la mesa. Yo lo hago de forma más comedida.

—Es una buena metáfora —afirmo—. Además, debe de moverse bastante bien. Actúa varias noches en ese mismo *pub*.

—Espera... —A Lali se le desencaja la mandíbula. Creo que ya ha atado cabos—. ¿Es el mismo tío que hay bajo ese disfraz de Drag en la foto de la entrada del local?

—El mismo.

Victoria vuelve a la carga con las risas.

—Joder, qué mala vista tengo —se lamenta.

—¿Por qué? Richy es un pedazo de bombón.

—Coño, pero es un travesti, ¿no?

—Richy no es travesti, ni siquiera es gay. Es tan heterosexual como nosotras —digo para que no sufra más su desilusión—. Solo lo hace por

actuar y reivindicar la visibilidad del colectivo LGTBI+ en el barrio.

—A mí no me metas —interviene Victoria.

—Ya, ya. Me refería a Lali y a mí.

—No me jodas. O sea, ¿que puedo seguir soñando con la tranca que debe de tener bajo los pantalones o... del vestido? —Afirmo con una sonrisa burlona—. Ay, Dios mío. Gracias, gracias, gracias. —Pone sus manos juntas en señal de ruego—. El próximo finde me acerco a él sin falta. A ese tío me lo tengo que pasar por la piedra como sea.

Victoria vuelve a atragantarse, y yo no puedo creer que mi mejor amiga vaya a entrarle al mejor amigo de Matt. Esto se me está yendo de las manos. Si se enrollan, no me va a quedar más remedio que aguantar el chaparrón. Y no solo el que nos va a soltar Lali, sino que me voy a ver en la obligación de salir para que Victoria no se quede aguantando el candelabro. Ay, mejor no pienso en eso. Quizá Richy sea sensato y no se acerque a esta loca. Aunque me extrañaría mucho, porque es una tía llamativa y provocadora. Se lo va a meter en el bolsillo (y entre las piernas) en menos que canta un gallo.

Oh, oh. Estoy perdida. Cuando Lali decide algo así, no hay quien la pare.

MATTHEW

Anoche bebí más cerveza de la que debía, y Richy tuvo que arrastrarme hasta su apartamento, que está incluso más cerca que el mío de la Gay Villace. Caí inconsciente antes de rozar la cama. Esto de que Mica haya vuelto me está afectando más de lo que hubiese pensado. Bueno, la verdad es que nunca pensé que volvería, así que no tenía ningún plan establecido para enfrentarme a ella.

Hoy me estoy encarando a uno de los mejores recuerdos que tengo de nosotros. En esta misma habitación, donde acabo de abrir los ojos, fue la primera vez que nos acostamos. Aquí, entre risas, fue la primera vez que la llamé Mickey. Quería que tuviera un nombre para mí. Que fuese especial entre nosotros. Tan especial que hasta mi subconsciente no deja de gritarlo.

Me levanto de un salto, pero antes de llegar a la puerta, tengo que apoyarme en la pared porque la resaca me hace tambalear. Mi abrigo, mis

botas y mis pantalones están sobre la butaca que Richy tiene bajo la ventana. Debí de desnudarme él, yo no recuerdo haberlo hecho.

Salgo al pasillo y el aroma del café consigue que me reponga unos grados. Tras usar el baño y ver en el espejo el aspecto deplorable que tengo, voy hacia el salón.

—Buenos días, campeón —se burla mi amigo.

—Cállate. Es culpa tuya. Dijiste que unas cervezas me harían sentir mejor.

—Cierto. Pero te lo tomaste tan a pecho que te bebiste el barril entero.

—Rompe a reír en sonoras carcajadas que me producen dolor de cabeza.

Entro en la cocina y me preparo un café cargado para luego sentarme junto a él en el sofá. Le doy un trago largo y apoyo la espalda para relajarme y tratar de paliar el zumbido que me invade los oídos.

—Oye, Matt, ahora en serio. Deberías hablar con Mickey, aclarar las cosas. Olvidar el pasado y, quizá, mantener una relación cordial. Ni siquiera tenéis que interactuar si no queréis, pero necesitas liberar ese rencor.

Las palabras de Richy se pasean por mi cabeza como cuervos esperando ser encajadas en algún lugar de mi mente.

—No es rencor. Es desilusión, desconfianza. Creí que lo que teníamos era especial, pero ella se encargó de tirármelo a la cara sin pestañear. Estoy enfadado con ella y conmigo mismo.

—Habladlo. —Su imperativo es tajante.

Ahora no tengo el cuerpo para nada que no sea transformar el café en energía, así que ni contesto. Prefiero perderme en la nada que seguir con esta conversación.

—Por cierto, me crucé con una de sus amigas en los baños.

Está claro que Richy está más fresco que un día gris de invierno. Genial, no sé para qué le dije nada anoche de que estaban allí.

—¿Y?

—Me pareció de lo más sexi y atractiva. Y creo que ella sintió algo parecido.

—¿Hay alguien a quien no le gustes? —Sonrío sin abrir los ojos.

—A Mickey le gustas tú.

—Déjalo ya. No estoy para más sermones.

—De acuerdo. Pero te informo de que voy a entrarle a su amiga, date por avisado.

—Me parece perfecto.

Lo suelto sin pararme a pensar en lo que eso significa.

Oh, oh. Se avecinan tiempos revueltos.



All I never wanted it's in your eyes
(*Father Figure* – George Michael)

Hace más de dos semanas que estoy aquí y aún no he hablado con mis padres. Solo he contestado a algunos de sus mensajes donde me preguntaban cómo iba todo. Es que ni me apetece. Me dolió tanto su forma tajante de prohibirme estudiar fuera que todavía me queda un poso demasiado denso. No dieron opción a discutirlo, a plantear otras opciones. Aguanté dos años bajo un techo que ya no sentía mío, un techo que, fuera de mi habitación, se me caía encima. Así que trabajar en el periódico, estudiar como una loca y salir con Lali a despejarme eran mis objetivos vitales. Todo para conseguir mi meta final: salir de allí cuanto antes y olvidarme del asunto. He pecado de ingenua; los temas pendientes siempre te acompañan por muy lejos que te marches. La distancia y el tiempo solo los esconde bajo capas de polvo, como esas cajas llenas de objetos que guardas en el trastero, pero cualquier soplo vuelve a desempolvarlos.

Y lo mismo me ocurrió con Matt. No volví, pero lo que vivimos, lo que nos dijimos, lo que sentimos, siempre me ha acompañado para lo bueno y para lo malo. Lo malo fue tener que lidiar conmigo misma por la decisión que tomé, porque no era la que realmente deseaba. Lo bueno es que me ha ayudado a sobrevivir y a poner todo mi empeño en salir de donde estaba para volver aquí con mi vida en orden, sin depender de nadie.

Vale que no esperaba que Matt me recibiera con los brazos abiertos, pero tampoco creía que vernos de nuevo le causara tanto rechazo.

—Escucha, no te obsesiones con el tema. Prioriza y organízate. Ya sabe que estás aquí, que has contactado con él. La pelota está en su tejado. —Lali siempre por el camino directo—. Y otra cosa te digo, no vas a quedarte en casa por mucho que no quieras encontrártelo. Haz vida normal, como si fuese un chico más con el que saliste.

—Es que no es un chico cualquiera, Lali.

—Sí, ya, ya. —Hace aspavientos por encima de la pantalla de su ordenador para que la vea—. Es «el chico». Pues, oye, si no quiere acercarse a ti, él se lo pierde. Que le den, tía. Hay un montón de tíos en estas calles.

Qué fácil es decir las cosas cuando no tienes ni idea de lo que estás hablando. No es que Lali no sepa de hombres, de lo que no sabe es de estar enamorada. Pero, vale, su sermón me sirve.

—Está bien. Fuera tonterías y a trabajar, que tenemos un montón de artículos acumulados.

Llevaba un año y medio trabajando en el periódico cuando el editor jefe nos reunió a todos y nos informó de que querían abrir redacciones en diferentes partes de Europa para evitar tener a los reporteros dando vueltas todo el santo día en busca de información y noticias. Cuando dijo que Reino Unido sería uno de los países elegidos, no lo dudé y me presenté voluntaria para trasladarme, incluso antes de que se decidiera la ciudad exacta. No sería un cambio a corto plazo, así que trabajé todo lo que pude para demostrar mi valía y que me tuvieran en cuenta. El esfuerzo dio su fruto, y ahora me encuentro en esta pequeña oficina, junto a Lali y Victoria. Estoy más que satisfecha, así que más me vale pensar que lo hice por mí, por mi independencia, y no por la idea desesperada de volver a por Matt. Mi amiga tiene razón, a pesar de su ignorancia en temas amorios. Tengo que comportarme como la chica madura y responsable que soy.

—¿Qué os apetece hacer el *finde*? —pregunto al salir por la tarde.

—¿En serio? Llevas dos semanas sin despegar el culo de la cama, ¿y ahora quieres salir, así de repente? —contesta Victoria.

—Coño, déjala. Cuando no salía, porque no salía, y ahora que sale, porque sale —se queja Lali.

—Salgamos a cenar y ya está —propongo.

—Pero cerca de casa. Paso de caminar buscando un restaurante distinto al de las últimas veces. Estoy molida —dice Victoria.

—Madre mía, ¿quién me mandaría a mí venir aquí con vosotras? —bufa Lali.

Sin darle tiempo al cansancio y la pereza, nos vestimos de forma cómoda para cenar en una hamburguesería cercana. La cuestión es que he tomado la iniciativa y el lugar es lo de menos; lo importante es despejarnos y no cocinar.

Cuando nos hemos puesto ciegas de carne a la parrilla, patatas fritas y un par de cervezas por cabeza, la cosa se ha animado hasta niveles que me duele la tripa de las animaladas que Lali nos cuenta sobre sus apasionantes citas sexuales y no sexuales, porque tiene cuerda para rato. Pero Victoria lleva ya cuatro bostezos seguidos y a mí se me está pegando, así que será mejor volver a casa.

—¿Qué hacemos mañana? Estaría bien conocer algo más que un par de *pubs* y tres restaurantes de la ciudad —propone Lali en el camino de vuelta.

—Y los supermercados —añade Victoria.

Las dos me miran a mí, claro. Soy la única que ha estado aquí y saben que conozco varias rutas para hacer turismo. Si, como el primer día, hubiese visitado la ciudad con los de la academia de inglés en vez de con Matt, ahora no estaría pensando en él y en todo lo que me enseñó de este lugar.

—Esta es una de las antiguas zonas industriales de la ciudad —me explicaba Matt mientras paseábamos por Northern Quarter, cogidos de la mano, aquel sábado tras nuestro primer encuentro a solas en casa de Richy—. Manchester se convirtió en una de las ciudades más importantes de la industria textil en el siglo XIX. ¿Ves esos edificios de ladrillo rojo? —Asentí con una sonrisa—. Eran las fábricas donde la clase obrera trabajaba sin descanso como partícipe activo de la Revolución Industrial.

—Parecen colmenas —observé.

—Exacto. «Colmenas de actividad», así se les llamaba. De ahí que el símbolo de la ciudad sea la abeja obrera: the busy bee.

—Sí, la he visto pintada o en carteles en muchos lugares.

—Pues esa es la razón. —Matt sonrió y se detuvo en mitad de la acera. Me miró con ojos brillantes. El sol de esa mañana de finales de julio incidía en su pelo revuelto—. Me encanta enseñarte mi ciudad. Quizá es pronto para decirte esto, pero no sería yo mismo si no lo hiciera. Me gustas, Mickey. Me gustas desde el día en que te vi recorrer los metros que nos separaban en el aeropuerto. Y he de confesarte algo.

—¿El qué? —pregunté impaciente. No tenía ni idea de lo que iba a decirme. Con Matt todo era imprevisible y nuevo.

—El día que nos encontramos en la puerta del baño, fue a propósito. Me aprendí tu horario y ese día me metí en la ducha justo para salir en cuanto te oyera dirigirte allí.

Sonreí porque lo había pensado, pero deseché la idea al parecerme demasiado presuntuosa.

—Yo llevo espiándote a través de la puerta entornada de tu habitación desde entonces. Tu culo bajo la toalla causó estragos —contesté con tono pícaro.

Matt se echó a reír a carcajadas y a mí me pareció el sonido más maravilloso que había escuchado jamás.

—Hacemos un buen equipo, ¿no crees? —Me agarró de la cintura, y yo posé mis brazos sobre sus hombros.

—Sí, como esas abejas obreras de las que me has hablado. —Su sonrisa se ensanchó hasta que le cubrió el rostro por completo.

—Tus ojos son miel pura, y yo soy muy goloso. Be my bee, Mickey.

Y me besó. O lo besé yo. No lo sé. Solo sé que sus labios me hicieron perder la noción de todo lo que ocurría a nuestro alrededor. Sentí que encajaba en algún lugar. Un lugar donde estuviera él; su sonrisa, su vitalidad, sus ganas de volverme loca y de complacerme. Un beso lento pero impetuoso acompañado de sus caricias en mi espalda y mis dedos entre su pelo. Un beso que me dejó claro que aquello no era algo que podría olvidar con facilidad. Un beso que tengo grabado en mi memoria como el que me hizo sentir más viva que nunca.

Y ahora me alojo a pocos minutos a pie de esa calle en la que arañé la felicidad más absoluta.

MATTHEW

De verdad que no me entiendo ni yo. Hace dos fines de semana que hablé con Mica, que no quise escucharla más allá de su disculpa y que temía volver a encontrármela en el *pub* o en cualquier otro lugar. No ha sido así. No ha vuelto por allí, ni ella ni sus amigas. Y, ¿qué es lo que me pasa? Estoy desilusionado, frustrado. Ahora me apetece verla, aunque sea a distancia. Me estoy volviendo loco, joder.

Hasta Josh, que últimamente pasa menos tiempo con nosotros porque sale con una chica, se ha dado cuenta de que ando disperso y con las ganas al mínimo.

Anoche me fui pronto a casa porque quería levantarme temprano para ir a correr antes de reunirme con mis amigos para el *brunch* de los domingos. Necesito despejarme. Necesito sacarme de la cabeza este embrollo de sentimientos y contradicciones que me tienen con el pulso por las nubes. ¿Qué ha pasado? Que he vuelto con unos cuantos kilómetros a cuestas, pero

la adrenalina sigue su propio ritmo. El hecho de vivir en el mismo apartamento que compartí con ella durante seis semanas no ayuda a que espante las brumas negras que me persiguen a cada paso que doy. Soy tan imbécil que hasta me paso muchas tardes metido en mi antigua habitación donde vivimos las últimas horas que estuvimos juntos. Un puto fin de semana entero, pero me niego a recordarlo de nuevo. Me niego a martirizarme de esta forma en que he vuelto a caer en la misma desesperación que cuando se marchó.

Salgo dando un portazo y camino a grandes zancadas hasta el centro, donde he quedado con mis amigos. Me dejo caer en la única silla libre que hay en la mesa donde están sentados.

—Pero ¿qué coño te pasa? —brama Josh al tiempo que coge su cerveza para evitar que caiga al suelo por el porrazo que le he dado a la mesa con la pierna.

—Que tiene mal de amores —suelta Jamie con una sonrisa comedida.

—¿Por qué? No sales con nadie desde hace tiempo, ¿es por eso? ¿Tienes «sobrecarga»? —Vuelve a reír Josh.

—Mickey ha vuelto —contesta Richy por mí.

—Dejadme en paz, ¿vale? Ya se me pasará.

Que estos impresentables se burlen de mi situación no es nada nuevo, pero no estoy de humor.

—¿La estudiante española? —pregunta Josh. Él lleva tal desconexión que no se ha enterado de nada, aunque Jamie se encarga de ponerlo al día.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —me quejo.

Al final consiguen que me relaje un poco entre las batallitas de Jamie, los chistes de Josh y la agenda más libre de Richard.

—¿Qué os parece si el próximo sábado pasamos el día en Liverpool? Hace tiempo que no vamos —propone Richy.

Eso me hace levantar la cabeza. Es una buena idea. Allí no tengo recuerdos con Mickey, con Mica. No me dio tiempo a llevarla a visitar la ciudad.

—Me parece genial —digo.

Y patético. Dirigir mi vida en torno a lo que no viví con ella es trágico, pero, por el momento, no me veo con fuerzas para nada más.



We push and pull like a magnet do
(*Shape of You* – Ed Sheedan)

—Oye, se me ha ocurrido que podríamos escribir un artículo sobre los Beatles; ya que estamos cerca de Liverpool, podríamos acercarnos a visitar la ciudad y el museo, ¿qué te parece? —Esa es Lali, claro.

—Y, ¿a cuento de qué se te ha metido eso en la cabeza? No te he oído en la vida hablar de ese grupo. Tú eres de *perrear* a ritmo de reguetón.

—Eh, que me guste bailar arrimando cebolleta no quiere decir que no aprecie otro tipo de música —se queja.

—Vale, vale. Habla con Victoria, a ver qué le parece.

Esa tarde de miércoles, salimos de la oficina con una ruta al detalle por la ciudad del famoso cuarteto para el sábado. Al menos, tenemos plan para el fin de semana más allá de salir de copas, y además, a un lugar que no conozco ni me traerá recuerdos de Matt. Joder, Matt, siempre Matt.

Voy a tener que acostumbrarme a dejar de pronunciar su nombre constantemente. Ya he decidido que no voy a forzar ningún acercamiento más. Ya hablamos y apenas me escuchó, así que no voy a amargarme la existencia. Se acabó. *Caput. Finitto*. Cuando se le pase el enfado, si quiere seguir con la conversación, perfecto; si no, no me va a quedar más remedio que aguantar el chaparrón y olvidarme del tema.

Sí, lo hice todo para volver aquí, pero si él no quiere verme, no puedo obligarlo. Ya contaba con esa posibilidad, aunque no quisiera aferrarme a ella, pero existía. Y ahora la vivo con todas las de la ley.

Yo también podría enfadarme con él por no buscarme, por no hacer más. Sigo en contacto con Marie, una de mis compañeras de la academia de ese año, y aunque poco, tengo los números de teléfono de Vic y Yori. Y Matt los tiene también. Así que podría haber hablado con cualquiera de ellos para localizarme. Pero no lo hizo. Será mejor no pensar más en ese tema.

—Chicas, como mañana vamos a estar todo el día fuera y llegaremos tarde, ¿qué os parece si salimos a tomar una cerveza, solo una? —propongo el viernes a media tarde.

—Definitivamente, tú estás enferma —contesta Lali—. Pero me apunto.

—¿Adónde vamos? —pregunta Victoria.

—Al Via Manchester —contesto con decisión.

—¿Estás segura?

—Sí. Se acabó esconderme. Sé que os gusta ese *pub* y a mí también, así que vamos allí.

—Así se habla. —Lali levanta un brazo al aire para apoyar su rotundidad.

Sonrío y elevo mi rostro hacia el cielo. Ha anochecido y hace frío, pero eso no va a hacer que cambie de opinión. Vamos a salir un rato a pasarlo bien, nos lo merecemos. Hemos trabajado como salvajes para tener a punto la oficina en tiempo récord. Ellas se lo merecen. Por aguantarme, por animarme, por acompañarme en esta aventura a la que las empujé yo. Lali se apuntó de cabeza; decía que nada la retenía y ella es de vivir al máximo las experiencias que se le presentan. Esta le pareció tan buena como cualquier otra. Victoria se lo pensó un poco más, es muy familiar y debía sopesar si le compensaba estar tan lejos de sus padres y hermanas. Al final, nuestro editor jefe la convenció poniéndola al cargo del proyecto. Es la persona indicada para ese puesto. Lleva varios años en el periódico y siempre ha demostrado una capacidad de organización que ya la quisiéramos nosotras. Pero formamos un gran equipo, según el jefe.

Ya que me he decidido a salir, lo voy a hacer con todas las consecuencias. Medias tupidas, botas rojas de tacón y un vestido negro de lana que se ajusta perfectamente a mi cuerpo, además de ser cómodo. No es

que quiera provocar, no se trata de eso. Se trata de volver a ser yo. De dejar de pensar en lo que puede o no puede estimular mi comportamiento en Matt (si es que está allí esta noche). Si tiene que ocurrir algo, ocurrirá; si no, no lo hará. Que sea lo que el destino quiera que sea.

Al parecer, mis amigas han pensado lo mismo que yo (o parecido), porque se han vestido para matar, sobre todo Lali.

—¿No vas a pasar un poco de frío con ese modelito? —pregunta Victoria con ironía.

—Yo espero que, más bien, me calienten.

No puedo evitar reírme de camino al *pub*. Apenas tenemos doce minutos andando y agradezco la conversación animada, porque parece que, a medida que nos acercamos, el corazón retumba con más fuerza dentro de mi pecho y de mis sienes. Puedo haber decidido pasar del tema, pero mi cuerpo va por libre, como siempre me ocurría con Matt. Inconscientemente, o no, sé que existe la posibilidad de encontrármelo, pero también creo que, una vez visto y entienda que vivo aquí, me quedará más tranquila.

Entro al local con la intención de no buscarlo con la mirada, aunque es imposible no distinguirlo en el acto. Está en la barra, frente a la puerta, con Richy, Josh y un chico pelirrojo al que no conozco. Se ríen a carcajadas y, de momento, no han reparado en nuestra presencia. Lógico. Esto está más lleno de lo que hubiera imaginado.

Lali me agarra de la mano y me la aprieta con decisión para dirigirnos hacia la misma esquina que la última vez que estuvimos aquí. Es un lugar junto a la escalera que baja a los baños. Es un buen sitio para escaquearse si se presenta la ocasión.

—Esta vez, voy a pedir yo —dice Victoria—. No quiero más numeritos que provoquen una hecatombe. —Su mirada se dirige a Lali.

En cuanto nuestra amiga se dirige a la barra a por las cervezas, Lali se gira hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

—Por Matt. —Hace un gesto con la mano para señalarlo con disimulo.

—Oh, sí, tranquila. Me he mentalizado de que no puedo esconderme. Nos gusta este *pub*, pues venimos. —Me encojo de hombros.

—Ay, qué bien. Cómo me alegro de que pienses así. —Me abraza con fuerza y yo me agarro a ella—. De todas formas, puedes desplegar tus

tácticas de seducción. Estoy segura de que caerá a tus pies. He visto cómo te mira y cómo te buscaba la otra noche que vinimos Victoria y yo —me dice al oído.

—No quiero pensar en eso ahora. Está enfadado. Además, yo no tengo esas tácticas de las que hablas. —Me separo de ella y sonrío.

—Claro que sí. Lo conoces. Ya te lo ligaste una vez, puedes hacerlo una segunda.

—Lali, déjalo, ¿vale? —Mi mirada reprobatoria debe de darle una pista de que no quiero seguir con esta conversación.

—De acuerdo. Tu vida, tus reglas. —Levanta las manos en señal de rendición.

Victoria llega con las cervezas, que dejamos sobre la pequeña barra que rodea el local, y colgamos los abrigos de los ganchos que se encuentran bajo esa misma tabla.

Sin poder evitarlo, bebo un trago con la mirada puesta en el grupo de chicos que está frente a la puerta y me topo con los ojos azules de Matt. Las luces del local inciden en ellos como rayos de una tormenta. Son tan claros que destellan como dos faros en mitad de la oscuridad. Se me seca la boca, a pesar de tenerla llena de cerveza. Trago y aparto la vista para dirigirla hacia mis amigas, que hablan sin percatarse de mi ligero rubor.

—¿A qué hora nos vamos mañana hacia Liverpool? —pregunta Victoria.

—Abren a las diez. Como ya tenemos las entradas, no es necesario que estemos muy temprano. He mirado horarios de tren, se tarda apenas una hora. Podemos ir caminando desde la estación hasta el museo —explica Lali.

—Me parece perfecto, así podemos ver la ciudad también —intervengo.

—¿No podríamos alquilar un coche? No para mañana, sino para tener un medio de transporte por si queremos desplazarnos a otros lugares —expone Lali.

—El jueves llega Raúl, podemos hablarlo con él. Por cierto, se queda todo el fin de semana, habrá que entretenerlo... —Victoria se encoge de hombros.

Ahí pierdo un poco el hilo de la conversación, no porque no me interese, es que noto que «alguien» me observa. Intento con todas mis fuerzas no girarme, no mirarlo, no tentar a la suerte. Pero cedo. Mi cuerpo no me responde y acabo por aceptar que necesito comprobar que es él. Y ahí está.

Sus ojos me escrutan, intensos. Su rictus es serio y su mandíbula está tensa. No logro descifrar si está enfadado, incómodo o cualquier otra emoción negativa. Pero no me gusta que me mire así. Ese no es el Matt que recuerdo.

—Voy un momento al baño —les digo a mis amigas.

Como tengo las escaleras a dos pasos, no me cuesta ni tres segundos desaparecer hacia la planta inferior. Empujo la puerta a toda prisa y me escondo en uno de los cubículos individuales. El pulso me retumba a toda velocidad hasta en el cerebro. Y yo que pensaba que podría estar tan tranquila en la misma sala con él. Si es que, a veces, no pienso con claridad. O lo único que pretendo es engañarme, porque está visto que no logro superar los nervios que se apoderan de mis venas en cuanto me cruzo con sus ojos azules. Esos ojos que me miraban con alegría, con pasión, con hambre...

Respiro con calma. Utilizo el baño y salgo a la zona común. Por suerte, no hay nadie. Me miro en el espejo mientras me lavo las manos.

—Vamos, Mica, puedes con esto. Lo has hecho durante más de dos años, no puede ser tan difícil, aunque ahora lo tengas tan cerca —le hablo a mi reflejo, que me mira con dudas, con miedo a no ser capaz de seguir con el plan trazado en mi cerebro.

Me seco con un poco de papel y reviso que mi vestido esté en su lugar. Vale, allá voy.

—Como si no estuviera, Mica. Vamos —me animo.

Empuño el pomo con determinación y abro la puerta del mismo modo. Me quedo petrificada. Todo el valor que me acabo de infundir se ha ido por el retrete. Ahí está. Frente a mí, apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho. Maldita sea, ¿por qué tiene que hacerme esto?

MATTHEW

Sí, soy gilipollas. O no. Ya no lo sé. Verla es superior a mis fuerzas. Lo he intentado, lo juro. He intentado no observarla, olvidar que está a pocos metros de mí. Pero mi cuerpo la recuerda mejor que mi mente y se ha lanzado escaleras abajo en cuanto la ha visto desaparecer. Me pregunto por qué. Por qué mis piernas se han movido sin haberles ordenado que lo

hicieran. Y ahora que la tengo delante, aún noto más cómo mi piel hormiguea por el deseo de tocarla.

—¿Qué haces aquí? —Me obligo a decir. Si he bajado, será para algo.

Ella hace un gesto con la cabeza para señalar la puerta por la que acaba de salir.

—¿Usar el baño? —contesta en tono serio.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Inspira con fuerza a la vez que cierra los ojos.

—Tomar una cerveza con mis amigas. Lo mismo que, supongo, todo el mundo ahí arriba. —Se cruza de brazos.

—Hay un número elevado de *pubs* en esta ciudad, ¿por qué has elegido este?

—Porque me ha dado la gana —contesta a la defensiva.

Vaya. Esto es nuevo. Ya no demuestra arrepentimiento por su elección. Y a mí me acaba de dar un tirón en la entrepierna.

—Me gustaría que no invadieras mi espacio. Sabes de sobra que este lugar es nuestro punto de reunión.

Adelanta un paso y se coloca a menos de un metro. Sus ojos de miel me miran con dureza.

—Me importa una mierda, Matt. No puedes prohibirme que entre en este local ni en ningún otro. Si tanto te molesta verme, no me mires. Olvida que estoy aquí y punto. Como hago yo.

De verdad que su actitud, en lugar de irritarme, me pone a cien. Si ya notaba mi cuerpo tirar de mí hacia ella, ahora ya no tengo dudas. Cabreada está más sexi que contenta. Jamás la vi de este modo cuando estuvimos juntos. Era un derroche de risas y palabras amables.

Supongo que he estado callado más segundos de lo normal, por lo que descruza los brazos y se dirige hacia la escalera para marcharse. Entonces es cuando me muevo. Rodeo su antebrazo con mis dedos y la encaro sin decir nada. Solo la miro porque necesito leer qué siente cuando la toco. Y también quiero saber el efecto que produce en mí notar el calor de su piel bajo la mía.

—¿Qué más quieres, Matt? —pregunta con voz cansada.

Me acerco poco a poco. Está subida al primer escalón y su boca queda justo a la altura de la mía. Y entonces lo sé. Sé lo que quiero de ella.

—Me debes algo.

—¿El qué?

Y esos círculos dorados, que siempre me parecieron celdillas llenas de miel, ahora están opacos, oscuros, como el ámbar petrificado.

La apoyo con cuidado contra la pared, ni siquiera ha hecho el amago de soltarse de mi agarre suave. Y lo hago. Sin dejar de mirarla a esos ojos que me fascinan, poso mis labios sobre los suyos. No se retira y eso me da el valor para seguir. Abro la boca a la espera de que ella haga lo mismo. Cuelo mi lengua en su humedad y el latigazo es inmediato. Vuelvo al pasado. A su aroma, a la suavidad de su piel, a la sensación de estar en el lugar correcto.

Mi cuerpo la reconoce en el acto. Y la beso con fuerza, con ansia, con rabia. En mi boca se han quedado atrapados todos los besos que me ha negado durante los últimos dos años y necesito dárselos. Vaciar ese cúmulo de ganas que me dejó en la punta de la lengua.

Su cuerpo se ha relajado, se ha entregado. Se ha rendido a la evidencia de que, después de todo lo ocurrido, seguimos aquí, deseándonos como el primer día.

La vibración de su garganta llega a mis pulmones, que se llenan de aire como hacía tiempo que no ocurría. Y la beso más. Necesito notar que aún se deshace en mi boca, como antes, como siempre. He imaginado este maldito beso desde que se marchó, desde que no volvió.

La atrapo entre mi cuerpo y la pared, mientras aferro su nuca con mis dedos. Su piel está caliente y la mía arde. Quema como no ha vuelto a hacerlo desde hace más de dos años. Sus manos agarran mi jersey, sus dedos se clavan en mi pecho. Esto no es un simple beso, no. Esto es el deseo cumplido. Es canalizar la frustración, la esperanza y la añoranza por el mismo camino. El camino entre nuestras bocas.

Es ella, soy yo. Somos nosotros, pero con una diferencia. Hay una brecha. Una brecha abierta que acecha bajo nuestros pies.

—Me debías el último beso —digo al separarme de ella con brusquedad —. Ya estamos en paz.

Me mira con la incertidumbre nadando en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Te he pedido en silencio un millón de veces el último beso y ya lo tengo. Adiós, Mica.

Subo las escaleras de dos en dos. Cojo el abrigo que había dejado junto a mis amigos y salgo de aquí con la esperanza de que el frío de la noche

calme y despeje la maraña de sensaciones que me ha provocado volver a tocarla, volver a besarla. Ha sido el último. Me lo debía por joderme vivo. Solo quería besarla sabiendo que no volveré a hacerlo nunca más, porque el beso que nos dimos en el aeropuerto sabía a esperanza, a ganas, a vida por compartir. Tenía que quitarme ese regusto de la boca porque eso no va a ocurrir.



Yesterday, love was such an easy game to play (*Yesterday* – The Beatles)

¿Cómo me he levantado? Sin apenas haber pegado ojo en toda la noche. Me besó. Nos besamos. ¡Me besó y luego se largó! Pero ¿por qué?, ¿para qué? ¿Para fastidiarme aún más de lo que estoy? ¿Para que no vuelva a pisar el *pub*? Pues lo lleva claro. Anoche descubrí que el enfado me ayuda a cubrir la tristeza por su rechazo. Supongo que por eso mismo él también lo está. Y estoy cansada de sentirme culpable. Sí, lo soy, pero ya he pedido perdón y he tratado de arreglarlo. Si él no quiere, yo no puedo hacer nada más.

El traqueteo del tren me calma y cierro los ojos para intentar dormir, al menos, durante el trayecto. Mis amigas ya saben lo que ocurrió anoche, así que me dejan el espacio que necesito, aunque Lali ya me ha advertido que no va a permitir que me pase el día con los auriculares puestos sin decir ni una palabra. Le he prometido que cuando bajemos en Liverpool seré la Mica de siempre.

A pesar del frío, hace un día espléndido. Pero no hay que confiarse demasiado, aquí empieza a llover cuando menos te lo esperas. Lali introduce la dirección del museo en Google Maps y nos dirige a través de las calles desde la estación. Parlotea emocionada sobre lo que ha leído acerca de la ciudad; yo sonrío con todas las ganas que puedo para que deje

de mirarme con preocupación y le pregunto alguna cosa para que vea que estoy en plenas facultades mentales, aunque no sea así.

Cuando llegamos a la puerta, apenas he visto nada a través de mis gafas de sol, que no voy a quitarme ni dentro del lugar. Como no voy atenta, choco con la espalda de Lali.

—Mierda —la oigo decir.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. ¿Qué tal si tomamos un café antes de entrar? —Se gira para cogerme de los hombros y darme la vuelta.

—Pero si ya casi es la hora —se queja Victoria desde atrás.

—Da igual, tenemos las entradas. No habrá que hacer cola.

Ese cambio de actitud y las prisas no son normales en Lali. Me detengo y la encaro.

—¿Qué pasa, Lali? —Me subo las gafas hasta la frente para mirarla.

Resopla con fuerza y se aparta de mi campo de visión.

—En la puerta, junto al ancla —me dice.

Entrecierro los ojos para enfocar el lugar que me señala. Cuatro chicos. Un mulato, un pelirrojo, un moreno y un... rubio. Mierda. El corazón me da un vuelco al verlo de nuevo, pero respiro hondo y me obligo a decir:

—Que le den, Lali. No voy a salir corriendo cada vez que me lo encuentre. Eso se acabó. —Me coloco las gafas de nuevo y camino hacia la entrada con más firmeza de lo que hubiese imaginado en una situación así.

—A ver si os aclaráis —se queja Victoria con guasa.

Volvemos al mismo lugar, a pocos metros de donde se encuentran ellos, aunque evito mirar hacia allí. Lali vuelve a parlotear para entretenerme, pero yo ya he decidido que no voy a amilanarme. Seguiré mi nuevo plan: el enfado. O la indiferencia, que también es una buena opción.

—¿Mica? —Una voz masculina pronuncia mi nombre. No me queda alternativa que girarme.

Richy, junto a Josh, caminan hacia nosotras.

—Hola. —Sonrío comedida.

El morenazo se me echa encima y me abraza.

—¿Qué tal estás? Me dijo Matt que habías vuelto, pero no he tenido oportunidad de saludarte.

—Bien. Sí, volví hace unas semanas por trabajo.

—Hola, Mica. —Josh es más comedido y solo me ofrece su mano. Siempre ha sido más tímido.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta Richy.

—De momento, indefinidamente.

—¿En serio? —Sonríe.

—Sí. El periódico donde trabajo en España ha abierto una oficina en Manchester, y nosotras somos las encargadas de sacarla adelante. —Señalo a mis amigas—. Perdona, ellas son Lali y Victoria. Chicas, ellos son Josh y Richard.

Lali, cómo no, se lanza a besarlos, aunque sabe que los ingleses no son mucho de besuqueos si no hay la suficiente confianza. Victoria les ofrece la mano.

—Y, ¿qué hacéis aquí? ¿Turismo? —vuelve a preguntar Richy.

—Oh, no. A Lali se le ocurrió que quiere escribir un artículo sobre los Beatles y hemos venido a recabar información.

—Yo podría darte mucha información. Soy un experto en música. —Richy le guiña un ojo a Lali.

—Eso sería genial. Podemos quedar un día y hablamos. —Su cara de boba me sorprende.

—Claro. Apunta mi teléfono, llámame cuando quieras.

Flipó. Estos dos no pierden el tiempo. Me tapo la boca para que no se me escape la risa. Veo a Josh hacer exactamente lo mismo.

Estoy tan alucinada que no me he dado cuenta de que Matt y el chico pelirrojo se han acercado hasta nosotros.

—¿Has acabado, Richard? —pregunta Matt con voz áspera.

—Sí, sí. Lali va a escribir un artículo sobre los Beatles y me he ofrecido a proporcionarle información. —Le guiña un ojo—. Hasta otra, chicas. Mica, me alegro mucho de verte, espero que podamos quedar en alguna ocasión.

—Seguro, ahora que ya estás en la lista de amigos de Lali. —Me río.

Matt es el último en darse la vuelta. Me mira durante unos segundos. No sé si va a soltar algo, pero estoy preparada para contestar.

Pues no. Se marcha sin más. Mejor.

MATTHEW

Cuando la he visto en la entrada del museo, he querido salir corriendo. Pero ¿por qué me pasan estas cosas a mí? ¿Qué he hecho mal en esta vida para que el destino me castigue de esta forma? Puede que besarla anoche no fuese la mejor idea del mundo, pero no para que tenga que encontrármela allá donde voy. Al menos el puto karma podría haber dejado pasar unos días. Un tiempo prudencial hasta que me repusiera de las sensaciones. Porque, lo admito, ese beso se me ha clavado en el cerebro a martillazos y no he podido dejar de pensar en ello desde que despegué mis labios de los suyos.

Su regreso me ha vuelto loco y no hago más que estupideces. Hacía más de dos años que no la tocaba y debí seguir así. Ahora todos los besos que nos dimos se pelean en mi mente para ordenarse de mejor a peor, de más largo a más corto, del más tierno al más bárbaro. Y ese ayer que había quedado arrinconado ha tomado el mando para patearme el trasero una y otra vez.

—Deja de darle vueltas, Matt. Haz algo o no lo hagas, pero no te mantengas en un limbo, porque vas a salir mal parado y ella también. — Richy se ha acercado tras el encuentro con las chicas.

—Joder, es que no sé qué hacer. Me muero por besarla, pero mi cabeza entra en bucle con los peores recuerdos y, entonces, me cago vivo, porque no quiero sufrir otra vez y no puedo olvidar lo que me hizo.

—¿Por qué no empezáis desde el principio? Como si no os conocierais.

—Eso es imposible. Mi cuerpo la recuerda a la perfección.

—Mira, estás así porque no te decides. Tú siempre has defendido la sinceridad y la comunicación, y ahora no quieres hablar. De verdad que no te entiendo. O vas a por ella, olvidando el pasado, o la dejas en paz. Porque te aseguro que no está mucho mejor que tú.

—Qué sabrás tú...

—Lo sé. Mica no está bien. —Se aleja para alcanzar a Jamie y Josh.

Imagino que no, después de mi comportamiento de anoche. No pude evitarlo. Necesitaba un beso más. El último. Uno que arrancara mi dolor y mi enfado. Pero no ha funcionado, porque mi boca la ha echado de menos, y su reacción me insinuó que ella también. Dios. Sus dedos apretando mi jersey, mi pecho. Sus labios abiertos, su lengua vehemente. Como antes, como siempre.

Me obligo a dejar de pensar para unirme a los chicos. Bastante chapa les he dado ya. Es cierto que hemos venido ya varias veces al museo, pero Richy es un forofo de la música, en todas sus vertientes, y nos convenció para pasar el día aquí, así que no hay otra opción que aguantar y que sea lo que tenga que ser.

Por suerte, ellas han sido más lentas en su visita, y nosotros hemos tenido suficiente con un rato, más que nada para avivar esa afición de Richy. Apenas nos hemos cruzado y lo he agradecido. Después hemos paseado por los muelles y hemos comido algo ligero. Todo ha vuelto a la normalidad en mi cabeza hasta que hemos cogido el tren y me he quedado absorto en el paisaje, que me ha hecho volver al pasado.

El segundo domingo desde que Mica había aterrizado en casa, la llevé a desayunar al Richmond Tea Rooms. Fue idea de mi madre, no mía. Se empeñó en que le mostrara esa cafetería-tetería-pastelería con una decoración un tanto... dulzona para mi gusto, pero que estaba segura entusiasmaría a Mica.

—Dios mío, qué preciosidad —dijo nada más entrar.

El salón principal parecía sacado de Alicia en el país de las maravillas. Mesas redondas y cuadradas de diferentes tamaños, paredes rosadas y turquesas, y vajilla de porcelana con decoraciones imposibles. Aparte de las plantas enredaderas que subían por las columnas y telas de seda que vestían el techo y las cornisas victorianas.

Había estado en alguna ocasión con mi madre, aunque no era de mis lugares favoritos. Pero ver a Mica sonreír, mirarlo todo con ojos vivos e ilusionados y que se sintiera agradecida por llevarla allí convirtió al lugar en un sentimiento y no en un sitio en sí.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Es como estar en un cuento. ¿A ti no?

—Bueno, prefiero un lugar menos... recargado, pero los pasteles valen mucho la pena. —Señalé la vitrina junto a la barra.

—Ay, Dios. —Se le abrieron los ojos como platos y se dirigió allí para pegar la nariz en el vidrio.

Sonreí al ver su entusiasmo, mientras una de las camareras nos indicaba a qué mesa podíamos sentarnos. Dejé allí a Mica y la observé desde mi silla. Creo que le preguntó a la chica que la atendió por todos los sabores de las tartas. Cuando se volvió y no me vio tras ella, me buscó por la sala y levanté el brazo desde el centro del local.

—No sé cuál elegir. Todos tienen una pinta estupenda.

—También puedes pedir un surtido de dulces individuales.

—¿Sí? ¿Qué vas a pedir tú?

—Me gusta el pastel de zanahoria.

—¿Podré probarlo? —Me miró como una niña.

—Claro.

Apenas habían pasado diez días desde que vivíamos bajo el mismo techo, pero yo ya sabía que Mica se convertiría en alguien especial para mí. Verla degustar con tanto entusiasmo los dulces que le trajeron en un plato doble fue el golpe definitivo. Tuve que indicarle varias veces que se limpiara

los labios porque se le llenaron de chocolate y mermelada de fresa. Hasta me dieron ganas de chupárselos, y apenas la conocía.

Fue como una atracción a primera vista. No hablo de amor, eso vino después, pero yo ya estaba atento a todos sus movimientos para sorprenderla. No perdía detalle de sus expresiones, sus muecas, el cambio en el brillo de sus ojos... Toda ella me parecía fascinante.

Y caí de cuatro patas, porque no existía otra opción.

Richy tiene razón: debo decidir. Mejor dicho, debemos decidir.



You're so Art Deco (*Art Deco* – Lana del Rey)

—Me voy —dice Lali desde el pasillo—. No me esperéis para cenar.

—Trae un artículo sobre los Beatles, no un informe de cómo ligarse a un morenazo en Manchester, por favor —grita Victoria desde el baño.

A mí me da la risa floja; nuestra jefa la conoce bien y sabe que esta entrevista es un despropósito sin precedentes, o con ellos, porque Lali ya nos tiene acostumbradas a sus salidas de tiesto.

—Adiós, pásalo bien —intervengo, antes de que se enzarcen en una nueva disertación sobre no mezclar trabajo con placer.

Se cierra la puerta del piso al tiempo que Victoria sale envuelta en una toalla. Lali no perdió el tiempo y llamó a Richy el domingo para quedar hoy, lunes. Hemos llegado de la oficina hace media hora escasa, y ella se ha lanzado a la ducha en cuanto ha puesto un pie dentro de casa.

—¿Por qué tengo la sensación de que, además de a cenar, no va a venir a dormir? —pregunta Victoria, bajo el umbral de mi habitación.

—No creo que llegue a tanto, no te preocupes. Richy es un buen tío —la tranquilizo.

—En fin... Espero que traiga suficiente información como para redactar un artículo en condiciones.

—Lo hará. Ya sabes que está como una cabra, pero se toma su trabajo muy en serio.

—No me cabe duda, aunque cuando se le mete en la cabeza ligarse a un tío, se le va de las manos.

Sonríó al tiempo que recojo mi ropa para meterme en la ducha.

—Al menos hoy ha batido un récord en dejar el baño libre —opino.

—Eso sí. Por cierto... ¿cómo estás? —pregunta.

Después del encontronazo con los chicos, con Matt, en la puerta del museo, mi ánimo no ha estado muy boyante que digamos, aunque he tratado por todos los medios parecer de buen humor.

—No sé qué decirte. Estoy un tanto descolocada. Me he pasado los últimos dos años trabajando con la intención de volver aquí y hacer lo posible por hablar con Matt, pero no me lo pone fácil —contesto.

—Escucha, no sé todos los detalles de vuestra historia, pero te conozco; eres una persona perseverante, no te rindes. Tú sabes cómo es él, sabes cómo os acercasteis la primera vez; haz lo propio. Volved a ser vosotros.

—Es que ya no estoy segura de que seamos los mismos. Matt está enfadado, y tampoco lo conozco tanto. He pasado mucho más tiempo sin saber de él de lo que duró nuestra relación. A veces pienso que me he tomado demasiadas molestias por tan solo unas semanas de enamoramiento. Quizá solo fue eso. Algo pasajero y por eso no cuajó.

—¿Algo pasajero? Pero si no has dejado de pensar en ello desde que dejaste esta ciudad.

—Lo sé, y por eso creo que soy idiota. Me quedé anclada en algo que no tiene futuro.

—No desistas hasta estar segura de ello. Habla con él, dile lo que sientes y no te levantes de la silla hasta que él haga lo mismo. Tenéis una bola enquistada ahí y necesitáis deshacerla.

La miro con una sonrisa. Aún sigue plantada con solo una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto. —Se acerca y me abraza durante unos segundos—. Venga, coge el toro por los cuernos y no lo sueltes hasta que acabe la corrida.

Se me escapa una carcajada, porque si estuviera Lali, ya habría contestado con alguna barbaridad respecto a esta metáfora que Victoria

acaba de soltar.

—Está bien, lo pensaré. Gracias.

Bajo el agua caliente, intento poner orden en mis pensamientos. Es cierto lo que Victoria ha argumentado. Llevo más de dos años con la idea de volver aquí. Cuando Raúl propuso abrir otras oficinas en Europa, no lo pensé. Me apunté al Reino Unido sin saber aún la ciudad en la que caería. Al menos estaría en el mismo país que Matt. Sería mucho más fácil dar con él que si seguía en España. Además, sabía que no estaría sola; Lali me acompañaría a cualquier lugar.

Apoyo las manos sobre las baldosas para que el chorro me relaje la nuca y los hombros. Error. Las imágenes del último fin de semana con Matt vuelven a azotarme.

Era mi último día en Manchester. Por la mañana volvería a Madrid. Ese mismo domingo, la academia donde estudiábamos había organizado la despedida de los alumnos que nos marchábamos. Era un acto sencillo que repetían cada semana para entregar los diplomas que otorgaban nuestro aprovechamiento y superación de los diferentes niveles.

Marie, Vic y Yori también acababan sus días en la ciudad. Invité a Matt, también hubiera querido que me acompañaran Bridget y John, pero habían tenido que marcharse a Londres porque el cuñado de ella, marido de su única hermana, había fallecido tras una larga enfermedad. Nos despedimos el día anterior con mucha pena y lágrimas en los ojos. Había sido un placer estar bajo su techo y su cariño. No le dijimos que Matt y yo teníamos algo más que una relación de convivencia, pero Bridget no era tonta y nosotros disimulábamos bastante mal.

—Siento no poder acompañarte al aeropuerto, aunque estoy segura de que Matt cuidará muy bien de ti —me dijo al abrazarme antes de salir de viaje.

Hablé con ella por mensaje durante varios días después de mi regreso a Madrid, pero cuando corté la comunicación con Matt, también lo hice con ella, y Bridget tampoco volvió a escribirme. Supuse que era lo lógico, ya que Matt le habría explicado la situación. Fue otra de las pérdidas de aquella época.

Tras la despedida en la academia, nos fuimos a comer todos juntos, incluidos los amigos de Matt, Richy y Josh. Habíamos hecho muy buenas migas todos a golpe de bailes y cervezas en la Gay Villace. Después, Matt me arrastró a casa. Quería que pasáramos el resto del día solos. A mí me pareció la mejor idea del mundo.

Nada más entrar por la puerta ya nos estábamos besando a lo bruto y nos sacamos la ropa a zarpazos de camino a su habitación. Sin soltarme, Matt conectó el teléfono a su altavoz portátil y las notas de Art Deco, de Lana del Rey, invadieron el espacio. A esas alturas ya sabía que Matt asociaba la música a casi todo lo que vivía.

Me dio la vuelta entre sus brazos y apoyó mis manos sobre el marco del espejo de cuerpo entero que dominaba el centro de su armario. Ya estábamos desnudos. Acopló su pecho a mi espalda, y nos miré en el reflejo. Mi piel. La suya. Su boca en mi cuello. Su erección entre mis nalgas. Su aliento recorriendo cada una de mis terminaciones nerviosas. Levantó la vista y me miró a los ojos a través del espejo.

—Eres puro arte, Michey. Tu aroma dulce como la miel, tus ojos de caramelo, tu piel sedosa... Eres lo más parecido a la felicidad que conozco.

—Somos arte los dos juntos, Matt. Miranos, encajamos sin necesidad de forzar las piezas.

—Te voy a echar tanto de menos que quiero pedirte algo —susurró con voz quebrada.

Me sentía tan extasiada por sus caricias y sus palabras que solo pude asentir. Recorrió mi brazo con una de sus manos hasta apoyarla sobre mi vientre, ese que hervía a más de doscientos grados. La paseó con delicadeza entre mi ombligo y mi sexo sin dejar de observar nuestro reflejo.

—Me gustaría que vinieras a estudiar el máster aquí. No me hago a la idea de no verte, de no besarte, de no tocarte... Estoy loco por ti, Mickey. Desde la primera vez que te vi. —El murmullo de su voz se me clavó en el centro del pecho.

Justo en ese momento, me di cuenta de que yo también estaba enamorada de él. De que había encontrado a la persona correcta; la perfecta para mí. Entre sus brazos me sentía a salvo, como si nada malo pudiera ocurrir. Matt se había metido mucho más adentro de lo que creía. No solo habíamos compartido techo, habíamos compartido vida.

—De acuerdo —solté con un suspiro.

—¿Sí? ¿Vas a hacerme el tío más afortunado de este mundo?

Asentí sin más, sin pensar en que nadie podría truncar esos planes que empezamos a construir juntos en ese instante.

Matt me soltó las manos y se dedicó a acariciarme y a besarme el cuerpo entero. Yo seguía apoyada sobre el marco mientras lo veía tras de mí. Amasó mis pechos con mimo para luego deslizar sus dedos, clavados en mi carne, hasta el vértice de mis piernas. Me tocaba a manos llenas, me besaba a conciencia. Dejó un reguero de placer infinito impregnado en mi piel imposible de borrar. Jamás había experimentado nada parecido. Matt sentía con todo el cuerpo, sin límites. Todas las sensaciones se le derramaban por los dedos; dedos que transmitían una corriente eléctrica que se metía por cada poro hasta hacerte explotar de puro deleite.

Me embistió en esa misma posición, con sus brazos alrededor de mi cintura. Con sus labios pegados a mi oído. Con la respiración entrecortada al compás de la mía. Con sus ojos azules como un cielo despejado frente a los míos.

—Jamás pensé que diría esto tan pronto, pero... te quiero, Mickey. Te quiero como nunca he querido a nadie.

MATTHEW

Flipo con Richy. Anda que ha perdido comba con la amiga de Mica. Lo que me faltaba. Él dice que solo es para hablar de música, pero ese cuento ya me lo conozco y, además, sus ojos no me engañan. Sé perfectamente lo que dijo hace unas semanas. Por su bien, y por el mío, espero que no nos haga quedar todos juntos.

O quizá esa sea la solución. Vernos y tolerarnos hasta que se nos pase el enfado, porque está claro que ahora ella también lo está. No me extraña. Primero le digo que no quiero saber nada y después la beso con todas mis ganas. Maldita sea. Voy a acabar loco. Es imposible sacarme el tema de la cabeza. Mis amigos tienen razón.

«¿Estás con Lali?».

Envío un mensaje a Richy. Espero unos segundos...

«Sí, ¿por?».

«Pregúntale si Mica tiene el mismo número de teléfono que antes».

«¿La vas a llamar?».

«Aún lo estoy pensando».

«Dice Lali que sí. Y que hace mucho tiempo que te desbloqueó».

«Gracias».

Tarde. Lo hizo tarde.

Entro en WhattsApps. Salgo. No me gusta este chat para hablar con ella, me trae malos recuerdos. Dejo el móvil sobre la mesita y me estiro en la cama. Creo que antes de decir nada, debo recordar los buenos. Cierro los ojos y me concentro en buscarlos... No tardo en encontrarlos.

Mickey se dio la vuelta y me miró a los ojos. Yo me fundí en ellos, como siempre.

—Yo también te quiero, Matt —me contestó.

La abracé y ella saltó sobre mis caderas para colgarse de mi cuello y besarme. Besarnos. Sentí que de verdad encajábamos, que nuestros cuerpos se pertenecían. Que éramos el uno del otro.

Me senté sobre la cama con ella a horcajadas. Acabábamos de corrernos y ya necesitaba sentirla de nuevo. Mickey me mordió los labios, el cuello, los hombros... y se deslizó por mis piernas hasta quedar de rodillas frente a mí. Me quitó el condón que aún llevaba puesto y sentí sus labios alrededor de mi glándula. Estuve a punto de gritar. Sus movimientos sobre mi carne eran suaves pero contundentes; pensé que me explotaban las venas. La retiré con cuidado y la volví a sentar sobre mí.

—Necesito entrar, no aguanto más, my bee —le pedí sin dejar de besarla.

Habíamos dejado varios preservativos sobre la cama y, con agilidad, ella alcanzó uno. Lo rasgó con la boca mientras yo me dedicaba a morderle los pechos. Sus pezones pequeños y rosados me volvían loco. Me colocó el condón y se sentó sobre mi erección. Entramos de nuevo el uno en el otro de una sola estocada.

—Joder, no saldría de ti en toda mi vida.

—No saldrás. Siempre estarás aquí dentro —susurró al tiempo que me cogía la mano y la depositaba sobre su corazón.

Sonreí.

—Ese lugar me gusta mucho más, pero a este no le voy a hacer ascos... —Me moví bajo sus caderas, y ella también me regaló una sonrisa entre beso y beso.

Mickey se agarró a mi espalda con fuerza, como si no quisiera soltarse jamás. Yo no podía dejar de besarla, de chuparla, de morderla... Estaba totalmente encandilado por la fuerza con la que nuestros cuerpos se atraían, se llamaban.

No dormimos en toda la noche. Los besos, las caricias, las conversaciones, los planes... Todo se condensó en esas últimas horas juntos.



I can't fight it anymore
(*Need You Now* – Lady Antebellum)

Victoria ha alquilado un utilitario, con el beneplácito de Raúl, y acaba de marcharse al aeropuerto a buscarlo. Mientras, Lali y yo ordenamos un poco el piso; nuestro jefe tiene una habitación de hotel para estos días, pero quiere ver con sus propios ojos que estamos cómodas. Sí, es un buen jefe.

—Lali, por tu padre, recoge esas bragas. —Señalo la prenda en mitad del pasillo.

—Mierda, han debido de caerse cuando he llevado la ropa sucia al cesto. ¿Te imaginas la cara de Raúl si las ve? —Se echa a reír a carcajadas.

—Calla, loca. Va a pensar que usamos el piso de picadero.

—Porque no me dejáis.

Desde que quedó con Richy está más salida de lo habitual. Al parecer, el chico le ha causado más impresión de la esperada. No me extraña; el mulato está para hacerle un traje de saliva, como ella dice.

Mi móvil suena en mi habitación y salgo a la carrera para cogerlo antes de que salte el buzón de voz. Seguro que es Victoria para decirnos que ya viene con Raúl. Lo alcanzo al cuarto tono. ¿Matt? Dios, es Matt.

—Es Matt —grito.

—Joder, pues cógelo —responde Lali desde el salón.

Si lo pienso mucho, se va a cortar la llamada. Deslizo el dedo por el botón verde.

—¿Sí?

—¿Mica? Soy Matt.

—Hola, Matt.

—Quería... hablar contigo. —Su voz suena insegura. Titubea.

—Claro, dime. —Intento que la mía no tiemble.

—¿Podemos quedar en algún sitio?

—Eh... ¿ahora?

—Si puedes, si no en otro momento.

—Hoy no me va bien, Matt. Mi jefe está a punto de llegar desde España.

—Me fastidia decirle que no—. Va a estar hasta el lunes por la mañana. Tenemos que entretenerlo entre reunión y reunión, pero... puedo llamarte si tengo un hueco. Me gustaría mucho que pudiéramos hablar.

—Eh... Sí, vale. Avísame y... quedamos. —Su tono se impregna de una mezcla de alivio y desilusión.

—De acuerdo. Te llamo en cuanto pueda.

—Bien. Adiós.

—Adiós. Y... gracias por llamar.

Me quedo con el móvil en la mano. Quieta. Ni siquiera puedo pestañear. Me ha llamado. Quiere hablar.

—¿Qué te ha dicho? —Lali aparece por la puerta con una sonrisa.

La miró aún con los nervios a flor de piel.

—Que... quiere que nos veamos.

—Ay, joder. Eso es fantástico. —Se lanza tan fuerte que caemos las dos sobre mi cama.

Su ímpetu me hace reír, aunque no sé si es, más bien, por la sensación que experimenta mi cuerpo de pura satisfacción.

—Espera... —Los latidos me martillean las sienes—. ¿Y si solo es para decirme que no quiere saber nada más de mí?

—Venga ya. Para eso no hace falta llamar.

—Ya... Como hice yo, que lo mandé a paseo por mensaje.

—No he querido decir eso, Mica, joder.

—No, soy yo la que lo piensa. —Me incorporo de la cama y dejo el móvil sobre la mesita de noche—. Me van a comer los nervios hasta que pueda hablar con él.

—Tranquila, vamos a estar muy ocupadas estos días. Seguro que ni te enteras. —Sonríe, aún estirada sobre el edredón.

—Eres única dando ánimos, tía.

No nos da tiempo a seguir con la conversación porque oímos el sonido inconfundible de la cerradura de la puerta de entrada. Victoria y Raúl ya están aquí.

Salimos de mi cuarto y nos encontramos a los dos en el pasillo. Nos saludamos, nos abrazamos, nos preguntamos cómo va todo. Lo normal, vamos, cuando te ves con alguien, que además es tu jefe y viene a «inspeccionar» su nuevo proyecto. El primero de otros si todo va bien.

Le enseñamos el piso para que se quede tranquilo y vea que vivimos con comodidad las tres juntas, y nos encaminamos al restaurante donde hemos reservado mesa para cenar, algo más tarde de lo habitual en este país, porque Raúl no está acostumbrado a hacerlo a media tarde. Nosotras hemos reducido el horario en escala para no encontrarnos de sopetón con la comida en la mesa justo al volver de trabajar, aunque como, por norma general, lo hacemos en casa, nos permitimos el lujo de cenar a la española en muchas ocasiones.

El lugar elegido es el mismo restaurante japonés al que ya hemos venido varias veces, así que nos cuesta poco elegir.

Agradezco que no paremos de hablar porque, de ese modo, consigo quitarme de la cabeza la llamada de Matt, aunque, de vez en cuando, le echo un ojo al móvil por si me ha escrito algo. Con la incertidumbre de que, si es así, no sea para anular nuestra posible cita. Tengo que dejar de pensar en ello. Lo que tenga que ser, será. Al menos, Matt se ha acercado. Ahora me toca a mí.

Tanto el viernes como el sábado, no tenemos ni un rato libre. A pesar de estar entusiasmado con la oficina, los candidatos que Victoria ha seleccionado como posibles empleados y de alabar nuestro trabajo hasta el momento, Raúl nos acribilla a preguntas. Quiere ver todos los proyectos, los artículos, la documentación, las noticias del país que estamos siguiendo al día... Todo en lo que hemos trabajado durante las semanas que llevamos aquí.

—¿Cómo está el tema de la *premiere* en Londres? —pregunta Raúl.

El tío es un forofo del cine y siempre envía reporteros a los estrenos de las películas más esperadas en diferentes países. Pero ahora estamos nosotras aquí, así que nos va a tocar desplazarnos a Londres unas cuantas veces al año.

—Controlada. Hablé con la organización, ya tenemos los pases para la rueda de prensa y nuestra parcela en el *photocall* y la alfombra roja —contesta Victoria.

—¿Os dará tiempo a contratar un fotógrafo?

—Sin problema, faltan dos semanas, y ya tenemos al candidato perfecto. El lunes me pondré en contacto con él para contratarlo —contesta de nuevo Victoria.

—Genial. ¿Ya habéis decidido quiénes vais y quién se queda?

—Me quedo guardando el fuerte. —Alzo una mano.

—Bien, pues creo que esto es todo. Estáis haciendo un gran trabajo, aunque no tenía dudas de que lo lograríais. Enhorabuena. —Raúl sonríe de forma amable, y nosotras asentimos—. ¿Qué tal si salimos a celebrarlo? Llevamos dos días encerrados entre estas cuatro paredes. Quiero tomarme una buena cerveza negra del país. A ver si me relajo un poco antes de volver a casa con los granujas de mis hijos. —Se levanta de la silla y se estira hasta que le crujen todas las vértebras de la espalda.

Raúl es joven, apenas ha cumplido los cuarenta, pero lleva en el periódico desde que su padre lo fundó. Está casado y tiene dos pequeños, esos a los que se ha referido como «granujas».

—Claro. Conocemos el sitio perfecto para esa cerveza —interviene Lali con entusiasmo al tiempo que me guiña un ojo.

La veo venir. Esta quiere lambada con Richy.

Mientras recogemos, Victoria y Raúl se meten unos minutos en el despacho de ella. Imagino que querrán hablar de algo relacionado con los presupuestos.

—Avisa a Matt. Esta noche vas a tener tu ansiada conversación —dice Lali.

Detengo lo que estoy haciendo y la miro.

—¿Esta noche? —Creo que me acaba de subir un calor intenso desde la planta de los pies a las puntas del pelo.

—Claro. Iremos al Via —contesta como si fuese obvio.

—Pero... no sería mejor hablar en un sitio más privado, más... tranquilo.

—Mica, ese es vuestro lugar. Es donde empezó todo.

—Es que... la última vez que hablamos allí, la cosa no salió bien.

—Ni tampoco en la cafetería en la que quedasteis.

En eso tiene razón.

MATTHEW

Llevo cuarenta y ocho horas pegado al teléfono. No lo suelto ni para ir al baño. Ahora que me he decidido, necesito una respuesta más inmediata. Sé que está liada, que ha vuelto por trabajo, pero no puedo evitar impacientarme. Imagino que así debió de sentirse ella cuando esperaba un paso por mi parte cuando se plantó frente a mi casa. Aunque yo la estuve aguardando durante muchos meses y no obtuve acción alguna por su parte. Bueno, sí; una negativa, el vacío. El fin. Hasta ahora. No puedo creer que hayan pasado más de dos años. ¿Cómo he podido vivir sin ella durante tanto tiempo? ¿Cómo ha podido ella sin mí? Nos queríamos, hicimos planes, ¿no? Vale, no más pensamientos grises.

Esta noche, como cada sábado, saldremos un rato a despejarnos de la semana de trabajo. Espero no estar pendiente del puñetero teléfono, porque me voy a volver loco.

Salgo de la ducha y me encuentro dos mensajes en WhatsApp.

«Matt, cariño, no te olvides de que mañana tienes que venir a comer a casa. Tu tía está deseando verte».

Este es de mi madre. Mi tía Laura es viuda justo desde el mismo fin de semana en el que Mica y yo prometimos volver a vernos. No pude ir al funeral de mi tío porque no podía dejarla sola en casa, además de tener que llevarla al aeropuerto. Había olvidado que está en casa de mi madre de visita. Ya no sé ni en qué día vivo. Aún no le he contado que Mica ha regresado; quizá mañana sea un buen momento para hacerlo. Estoy seguro de que se alegrará. No hemos hablado de ella en este tiempo, pero sé que mis padres apreciaban a Mica. Se encariñaron de forma especial, como yo. Era imposible no hacerlo.

«Sí, mamá. Allí estaré».

El otro mensaje es de Mica. Ahora que lo tengo delante, dudo en abrirlo. ¿Y si es ella la que ya no quiere hablar? ¿Y si perdí la oportunidad con mi comportamiento enfadado? «Vamos, Matt, hay que ser valiente».

«Hola, Matt. Esta noche saldremos a tomar unas cervezas al Via Manchester. Nuestro jefe no quiere marcharse sin probarla □ . ¿Te parece bien que nos veamos allí?».

Suelto el aire que tenía retenido en los pulmones y relajo el esfínter. Un poco escatológico, pero es la verdad.

«Perfecto. Nos vemos en un rato □ ».

Me siento más ligero. Como si hubiera dejado caer un lastre que me tenía amarrado a una sensación incómoda. A veces nos empeñamos en seguir en nuestras trece, cuando, en realidad, lo que nos pide el cuerpo, la mente y el corazón es que cambiemos de actitud, de opción. Así estoy ahora. Con ese efecto de haber tomado la decisión correcta. Porque, ¿a quién quiero engañar?, Mica se me metió tan adentro en tan poco tiempo que no he conseguido sacarla. Tampoco creo que fuese eso lo que deseaba. La verdad es que jamás he perdido la esperanza de que volviera. No podía estar tan equivocado en lo que sentimos cuando nos enamoramos. En que, por muy lejos que estuviéramos, nuestros cuerpos y nuestras mentes se llamaban a gritos hasta que se han encontrado de nuevo a pesar de las distancias espaciales y temporales. No sé para qué me he resistido en estas semanas; estaba claro que volvería a caer de cuatro patas.

Así que me meto en la ducha para resolver la situación que debí afrontar desde el primer momento.



Don't wanna let you go
(*I Never Can Say Goodbye* – Gloria Gaynor)

Reconozco que me tiemblan las piernas, y no precisamente por el frío que hace en esta ciudad. A cada paso que doy en dirección al *pub*, me zarandeo como si fuese la primera vez que uso tacones. Y no son demasiado altos. No sé con exactitud lo que me espera ahí dentro y el ansia me ha comido viva mientras cenábamos los cuatro en un grill.

—Tranquila, todo va a salir bien, ya verás. —Lali me agarra del brazo, y yo me apoyo en ella como he hecho siempre—. No tengas miedo.

—No es miedo... bueno, sí, un poco. Matt es el único que es capaz de sobrepasar mi capacidad de raciocinio. Me considero una persona serena y cabal, segura de mí misma en todos los aspectos, pero Matt...

—No es Matt. Es la incertidumbre. Verás como, cuando habléis y lo dejéis todo claro, se te pasa.

—Eso espero.

Llegamos a la puerta del *pub*, con Victoria y Raúl tras nuestros pasos. Lali me mira y me guiña un ojo antes de tirar de la puerta con fuerza y saludar al seguridad que nos sonríe.

El calor del interior me acaricia el rostro, cosa que agradezco porque me desentumece los músculos un mínimo. Levanto la mirada al frente y ahí está. Delante de mí, donde siempre lo he imaginado cuando pensaba en este

lugar. Observo con detenimiento sus ojos, su rostro. Con alivio descubro que ya no tiene ese rictus tenso y esa mirada fría de las últimas veces que nos hemos encontrado. No me quita la vista de encima y hasta eleva un poco la comisura de los labios. Mi sonrisa se amplía y mis latidos se precipitan hasta retumbarme en los oídos.

Hago el amago de acercarme, pero no acabo de atreverme. Me he quedado quieta en mitad del espacio. Sé que algunas personas han chocado conmigo, pero no quiero moverme. No quiero perderlo de vista. No puedo interrumpir esa forma en que me mira, porque, por primera vez desde que he vuelto, me reconforta. Me da ánimo y esperanza.

No sé dónde están Lali y los demás, los he perdido. O soy yo la que está perdida en esta inmensidad que siento en el pecho al verlo acercar su cuerpo al pelirrojo que tiene al lado, sin desviar la vista, y decirle algo. Coge dos vasos de cerveza que hay en la barra y se aproxima a paso lento, esquivando los cuerpos que se mueven al ritmo de la música que hay en la distancia que nos separa.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Salimos? —Señala con la barbilla hacia la puerta.

Asiento despacio y me doy la vuelta para dirigirme a la calle. Empujo la madera y la aguanto para acompañar a Matt, que lleva las manos ocupadas.

—Ven, sentémonos en una de las mesas. —Me invita a seguirlo hasta el muro del canal, donde nos acomodamos en unos taburetes.

No hay demasiada gente aquí. Recuerdo que en verano esta misma calle está tan atestada de personas que es imposible caminar con normalidad. El frío solo anima a los más intrépidos, o a nosotros para hablar sin el bullicio de la música.

Deja una de las cervezas frente a mí.

—La he pedido hace un rato, quizá no esté muy fría, pero te ayudará a entrar en calor. —Sonríe con timidez.

—Gracias.

Los dos nos agarramos al vaso; él, no lo sé, pero yo necesito tener las manos ocupadas o, de los nervios, empezaré a «hacer puñetas» con los dedos.

—Eh... Antes de nada, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento desde que... volviste.

—Oh, no hay nada que perdonar, Matt. Es normal que te enfadaras. No hice las cosas bien.

—Aun así. Te he reprochado que no hablaras conmigo, y yo he hecho lo mismo.

—Bueno, hay diferencias...

—Da igual. No me he portado como debía. Solo pensaba en mi propio sufrimiento y estoy seguro de que tú tampoco lo has pasado bien en este tiempo. Lo veo en tus ojos.

Tengo ganas de llorar. A moco tendido. Este sí es el Matt que yo conocí y del que me enamoré como no lo he hecho en mi vida. Agacho la cabeza y respiro con calma para evitar que se derramen las gotas que inundan mis párpados.

—Dejémoslo en tablas. —Levanto la vista y bebo un sorbo de cerveza para tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta.

—De acuerdo. —Sonríe con el lado derecho de la boca, como hacía al principio, cuando empezamos a mirarnos más de lo que se consideraría normal en una relación estricta de convivencia—. Necesito saber por qué has vuelto.

Inspiro hondo e intento ordenar las palabras en mi mente para que salgan fluidas y en la posición correcta.

—Estoy aquí por trabajo, pero la razón principal por la que me he desplazado eres tú, Matt.

—¿Has buscado un trabajo a varios miles de kilómetros de tu casa para venir a verme?

—Podría decirse que sí.

—¿Después de tanto tiempo?

—Habría venido antes, pero no dependía de mí.

—Explícamelo.

Le cuento un resumen de lo que han sido estos años respecto a mi trabajo en el periódico y de que me apunté la primera a la aventura de la apertura de una nueva oficina en el Reino Unido, sin entrar en detalles negativos, como la decisión de encerrarme en mi habitación, las discusiones con mis padres y el alejamiento de toda vida social que no tuviera que ver con Lali.

—En un principio, creí que abrirían la sucursal en Londres, pero me daba igual. Lo importante era que estaría aquí, y sería más fácil venir a buscarte que desde España.

—¿Por qué no me lo contaste, Mickey? Lo habría entendido, te habría ayudado.

—Lo sé. —Oír de nuevo el apelativo por el que me llamaba hace que se me salten las lágrimas—. No estaba en mi mejor momento. No había acabado los estudios, dependía de mis padres; aún debía estabilizar mi vida. No fue fácil lidiar con ellos cuando me prohibieron estudiar aquí, además de que mi padre me había asignado el trabajo en el periódico. Cosa que le agradezco porque fue lo único bueno en aquel tiempo y lo que me ha permitido estar aquí hoy.

—Entonces, ¿has venido para quedarte?

—Sí.

Se queda en silencio, aunque me mira, y estoy segura de que está pensando qué decir y cómo.

—Nunca he sido partidario de las segundas partes...

—Matt, ni siquiera empezamos la primera.

—En eso tienes razón.

—Escucha, si no sientes nada por mí, lo entiendo. Han pasado más de dos años. Dímelo, zanjemos el tema y, quizá, podríamos ser amigos. —Ya no sé cómo hacérselo entender. Solo quiero que dejemos las cosas claras. He venido por él, pero si no quiere lo mismo que yo, no puedo obligarlo, pero necesito que me lo diga. Que le ponga el punto final a esto.

—Sí, han pasado más de dos años. Dos años en los que no he dejado de repasar cada momento que pasamos juntos. —Cierro los ojos con alivio. Esa confesión me devuelve la bola a la garganta—. Mírame, Mickey —vuelve a hablar. Lo hago, y no puedo evitar que dos lágrimas caigan por mis pestañas—. Ochocientos ochenta y siete pensamientos para ti, solo para ti. ¿Crees que eso es sentir nada?

—No lo sé, Matt. Solo necesito que me digas si hay una posibilidad de intentarlo o no. Que me digas si me quieres igual que lo hago yo. Si vas a besarme de nuevo o no... —Me tiembla la voz, las piernas, hasta los ojos, que no paran, ahora ya, de llorar.

Matt se levanta del taburete y recorre los dos pasos que nos separan. Me agarra de las mejillas con las dos manos y me obliga a mirarlo a los ojos. Ese azul nacarado, líquido, casi transparente.

—Odié que me dejaras y odié que volvieras a por mí. Pensé que había conseguido esconder los recuerdos en un lugar de donde no pudieran salir,

pero me equivoqué. En cuanto te vi aquella mañana en mi calle, todo volvió como un huracán, arrasando cualquier resquicio de olvidarte. Así que sí; hay posibilidad de intentarlo, te quiero como tú me quieres a mí, y voy a besarte, porque no puedo pasar ni un solo día más sin hacerlo.

MATTHEW

Y choco mis labios con los suyos, porque no necesito nada más; porque estos años han sido un calvario, sobre todo el primero. Porque verla llorar me puede y solo quiero que sonría. Porque me he ahogado tanto en el recuerdo de sus ojos que tenerlos frente a mí de nuevo es un bálsamo al que no me puedo resistir. Porque la quiero, porque nunca he dejado de quererla.

Sus manos me agarran fuerte de las solapas del abrigo y las mías se aferran a su cara y a su cuello. El sabor salado de sus lágrimas se mezcla con la calidez de la humedad de su boca, que no puedo dejar de repasar con mis dientes, con mis dedos, con mi lengua.

—*Be my bee*, Mickey —susurro entre beso y beso.

Suelta una de sus manos y se la lleva al cuello del jersey. Saca la cadena de plata con la pequeña abeja que le regalé en la puerta del aeropuerto y me la muestra.

—Siempre, Matt. Siempre la he llevado conmigo.

Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta.

—Siento haber tardado tanto en regresar.

La beso con más fuerza. Me lleno la boca de ella y sueño que los últimos dos años no han existido. Que hoy es el día en que ha vuelto para quedarse, como planeamos a las puertas de nuestra despedida.

Mickey se marchó un lunes por la mañana. La acompañé al aeropuerto, estábamos solos frente a la entrada, en la calle.

—*Antes de entrar quiero darte algo —le dije.*

—*¿El qué?*

Saqué de mi mochila el paquete que mi madre me había entregado para ella.

—*Este es de parte de mis padres. Con todo lo que ha ocurrido con la muerte de mi tío no han podido dártelo como hubieran querido.*

—*Oh, no tenían que haber comprado nada. Le escribiré dentro de unos días para darle las gracias, pero dáselas tú también —contestó al tiempo que cogía lo que le ofrecí.*

Lo abrió con entusiasmo, rasgando el papel sin miramientos. En cuanto vio de lo que se trataba, se le abrieron los ojos como platos. Sabía que le encantaría. Mi madre me preguntó qué podría regalarle para su despedida; lo tuve claro.

—¡Dios mío! No me lo puedo creer. —Acariciaba la edición de La princesa prometida que vimos en la Biblioteca John Rylands como si fuese el tesoro más preciado de la Tierra—. Es demasiado.

—No, Mickey. Es el regalo que te mereces. Te has ganado a mis padres tanto como a mí —contesté.

Se colgó de mi cuello y me abrazó fuerte.

—Un millón de gracias. Esto solo ha podido ser idea tuya.

—Bueno, ellos preguntaron...

Respiré hondo para insuflarme valor y para embriagarme de su aroma dulce. La retiré con cuidado y la miré a los ojos.

—¿Qué? —preguntó al ver que me había quedado callado.

—Tengo otro regalo para ti. Este es de mi parte. —Le enseñé la cajita que había sacado junto al libro y se la entregué.

—¿Qué es? —La cogió con manos temblorosas.

—Ábrelo.

Rasgó el papel con ansia y abrió la tapa.

—Dios, es preciosa. —Me miró con esos ojos de miel líquida.

Hacía días que había comprado esa pequeña joya. Una abeja de plata prendida de una cadena del mismo material.

—Be my bee, Mickey.

—Siempre, Matt.

Unos silbidos y aplausos nos sacan de nuestra burbuja.

—¡Así se hace, Matt! —Esa voz me suena mucho...

Giro la cabeza hacia el *pub* y me encuentro a un grupo de gente, entre ellos mis amigos, que nos jalea como si les fuese la vida en ello.

—No me lo puedo creer... —susurro.

Oigo a Mickey reírse a mi lado.

—¡Marchaos a casa! Este espectáculo da mucha envidia de la mala —grita la chica alta que siempre he visto con Mickey.

—Te presento a mi amiga Lali —murmura en mi oído—. La otra chica que está a su lado es Victoria, nuestra jefa. Y el chico alto que no conoces es Raúl, nuestro editor jefe en España.

—Joder, hasta tu superior nos ha visto en esta situación...

—No importa.

La miro de nuevo.

—No, no importa. Lo importante es que estoy loco por ti. —Y la vuelvo a besar mientras en la puerta del *pub* se desata una hecatombe de gritos.



We will survive
(*I Will Survive* – Gloria Gaynor)

—Más vale que entremos si no queremos que despierten a todo el vecindario —le digo a Matt.

—Sí, será lo mejor. Pero —me mira de nuevo a los ojos— ven a mi casa esta noche. Tenemos mucho de que hablar.

—De acuerdo.

Matt agarra mi mano con fuerza y me besa los nudillos. Tengo una sensación indescriptible dentro del pecho. Siento como si el aire pesara menos en mis pulmones, como si mi corazón se hubiese expandido bajo mis costillas. Dicen que esto es lo que se llama «subidón de felicidad». Y deben de tener razón, porque no puedo estarlo más.

Entre vítores, besos y abrazos, entramos al local todos juntos. Va a ser una noche muy larga, lo sé, pero no me importa; llevo varias semanas que no duermo bien y, aunque hoy sea por un motivo distinto, no quiero perderme ni un solo minuto de esta sensación que no tenía desde que me marché de esta ciudad.

Quiero brindar, quiero bailar, quiero cantar... Quiero saborear a Matt hasta que se nos acaben los besos que nos debemos, las caricias que nos hemos perdido y las palabras que no dijimos.

Richy nos deleita con una actuación digna de cualquier escena de *Las aventuras de Priscila, reina del desierto*; esta vez con la canción *I Will Survive*. Lo da todo, los asistentes lo damos todo. Richy hasta se permite guiñarle un ojo a Lali e invitarla a subir al escenario junto a él. Esto acaba en enredo, lo veo venir.

—*We will survive*. —Matt me agarra por la cintura y me gira—. Esta canción nos representa un poco, pero creo que sobreviviremos mejor juntos, ¿no te parece?

—Sí, lo haremos.

—¿Nos vamos en cuanto acabe Richy?

Asiento con efusión y me abrazo a su cuello.

—Dios, cómo te he echado de menos —susurra en mi oído.

—Y yo, Matt. Te he echado tanto de menos que no sabía si el dolor pasaría en algún momento.

—Ya pasó. Estamos juntos, aquí y ahora.

Nos interrumpen los aplausos y los vítores masivos por el final de la actuación de Richy. Separamos nuestros cuerpos unos centímetros y nos sonreímos el uno al otro. Matt recorre mi mejilla con el dorso de su mano.

—Este reencuentro es aún mejor de lo que imaginé, a pesar de haber pasado más tiempo del que hubiera querido.

Cierro los ojos porque estoy tan abrumada que siento ganas de llorar, de llorar de éxtasis.

—¿Por qué eres siempre tan intenso? —pregunto con un toque pícaro.

—Porque no conozco otra forma de vivir.

Media hora más tarde, vamos de camino a su piso, tras habernos despedido de nuestros amigos; incluso Raúl se lo estaba pasando pipa. He prometido estar en casa a una hora decente para salir a comer los cuatro juntos y así poner punto final a la primera visita de nuestro jefe. Victoria será la encargada de llevarlo al aeropuerto el lunes por la mañana.

—Estoy un poco nerviosa por entrar de nuevo en tu casa —confieso.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es extraño volver a nuestro lugar de origen. Allí donde empezó todo.

—¿Quieres que salga del baño con solo una toalla en la cintura? —bromea.

—Ay, Dios. Ese día me dejaste petrificada.

—Esa era la intención. —Me guiña un ojo.

—¿Cómo después de tanto tiempo volvemos a ser los mismos?

Matt se detiene frente a mí.

—Porque somos nosotros mismos más que nunca cuando estamos juntos.

—¿Tan seguro estás?

—Mickey —acuna mi rostro entre sus manos—, no más dudas. No más sufrimiento, no más ganas de estar contigo sin poder alcanzarte. Vayamos a casa, pongámonos al día y, mañana, empecemos de nuevo. O continuemos donde lo dejamos.

Sonríó tanto que mis músculos faciales están a punto de partirse.

—Debí volver hace dos años.

—No. Tú tenías razón. No era el momento, aún teníamos la vida por emprender, habría sido un error.

—Te quiero, Matt.

—Y yo, Mickey. Te quiero como si no hubiese pasado el tiempo.

Son las ocho de la mañana y no hemos dormido en toda la noche. Como la última que pasamos juntos. Estamos tumbados de lado, frente a frente, sobre la cama de la que ahora es la habitación de Matt, la antigua de sus padres. Ha sido extraño y, a la vez, melancólico entrar de nuevo en este piso. Es el mismo, pero con muchos toques distintos. Los detalles personales de Matt. Sobre todo, objetos y láminas referidos a la música que tanto le gusta tararear. Tiene hasta un puñetero karaoke.

Nos hemos contado todo lo que ha sido de nuestra vida en estos años, qué hemos hecho, cómo hemos llegado hasta este preciso instante. Del trabajo, que fue la vía de escape para no derrumbarnos; de las pocas relaciones fallidas, después de intentar olvidarnos; de nuestros amigos, a los que nos agarramos como a un clavo ardiendo para no caer; de los lugares que hemos visitado, de los buenos recuerdos, los malos los hemos dejado aparcados.

—Debería irme, Matt. He quedado para comer con las chicas y con Raúl. Se marcha mañana y es la última reunión.

—Sí, yo también tengo comida familiar en casa de mis padres.

—Oh, no te he preguntado por ellos. Qué maleducada. ¿Cómo están?

—Están bien y felices en su casita a las afueras.

—Cuánto me alegro. No sé si aún me recuerdan, pero dales un abrazo de mi parte.

—Se lo daré, aunque estaría bien que se lo dieras tú en persona. Hoy les contaré que has vuelto. Aún no lo he hecho. No sabía cómo acabaríamos...

—Claro, es normal.

—Seguro que se alegran y querrán verte. Podemos ir el próximo fin de semana si te apetece.

Hacer planes futuros con él es algo que dejé de plantearme hace mucho, pero hoy es diferente. Hoy es el comienzo de lo nuestro, de averiguar qué pudo ser y no fue.

MATTHEW

Ha sido una noche increíble. No hemos parado de hablar; incluso nos atropellábamos con las palabras porque queríamos contárnoslo todo. He tratado de dormir un rato antes de que llegara la hora de ducharme y marcharme hacia casa de mis padres, pero ha sido imposible. He rememorado cada palabra, cada mirada, cada caricia, cada beso... que nos hemos regalado durante horas.

No sé cómo hemos podido pasar tanto tiempo separados y, a la vez, con el pensamiento el uno en el otro. Joder, qué pérdida tan valiosa. Jamás pensé que Mickey fuese capaz de hacer todo lo que ha hecho por volver aquí, por encaminar su vida hacia mí. Cómo ha luchado, a pesar de correr el riesgo de encontrarse con mi negativa. Ha sido redescubrir lo que admiro y amo de ella. Lo que hizo que me enamorara de ella.

He llegado a casa de mis padres en tal estado de euforia que mi madre me ha mirado con extrañeza. Es cierto que soy una persona alegre e intensa, aunque hoy mi excitación supera con creces el tamaño de mi cuerpo y no puedo evitar que se me derrame por la piel.

—Matt, ayúdame en la cocina un momento —me llama.

Sé que se muere por preguntarme, así que no la voy a hacer esperar más. No he querido hablar del tema delante de mi tía, prefiero hacerlo en privado con ella; sabe perfectamente lo que ocurrió cuando Mickey se marchó y,

aunque estoy seguro de que se alegrará, es posible que se preocupe por si vuelvo a tener problemas.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto con toda mi intención de disimular.

—Contarme por qué estás tan contento. —Sonríe de esa forma fraternal y tierna.

Me apoyo en la encimera.

—¿No puedo estarlo porque sí? —Le devuelvo la sonrisa.

—Matt, no me hagas pasar por tonta...

—Vale, vale. —Inspiro hondo—. Mickey está en la ciudad. —Ya que hay que hablar, que sea sin tapujos.

Se le atenúa la sonrisa y abre los ojos al máximo.

—¿Micaela? —Asiento—. ¿Estás bien?

—Vaya, hace un momento querías saber por qué estoy tan contento...

—Ya... ¿Habéis hablado?

—Sí, largo y tendido. —Nunca mejor dicho. Sonrío al recordarnos sobre el edredón de mi cama.

—¿Y...?

—Nos lo hemos dicho todo. Volvió hace unas semanas, pero yo no quise hablar con ella hasta hace unos días. Estaba enfadado y dolido.

—Lo sé. ¿Cómo estás ahora? ¿Lo habéis aclarado?

—Sí. Ella... me quiere, mamá. Ha vuelto por mí —digo con el ímpetu que me acompaña desde anoche.

—Oh, Matt, cuánto me alegro. —Se acerca y me abraza fuerte—. Estaba segura de que la vida os volvería a unir. Estáis hechos el uno para el otro. Lo vi en cuanto entrasteis a casa el primer día.

—Podías habérmelo dicho, me habría ahorrado un montón de disgustos —bromeo.

Se aparta un poco y me mira a los ojos.

—Los malos tragos te hacen apreciar mucho más los buenos. No todo son risas y flores, pero hay que intentar reponerse. Al fin y al cabo, los años pasan sin que te des cuenta.

—Estos dos últimos han sido lentos de cojones...

—No digas palabrotas —me regaña con una sonrisa—. Verás como ahora pasarán en un suspiro. La felicidad alarga la vida, pero acorta los años.

—No sé si entiendo esa contradicción... —Me río.

Aunque sé a qué se refiere. Las últimas horas han volado de una forma abrumadora. Volver a disfrutar de la sensación de tener a Mickey a mi lado ha hecho que me olvidara de todos los malos recuerdos, las emociones amargas. Se ha llevado la incertidumbre, el tiempo perdido y el anhelo a un lugar recóndito donde no volveré a estar nunca más.

La decisión correcta siempre ha estado en ser «nosotros». Y eso es lo que vamos a hacer. Ya no me cabe la menor duda.

EPÍLOGO

And everything's all by the way (*Love of My Life* – Queen)

Quince meses. Quince meses desde que volví a esta ciudad y han sido los mejores de mi vida con diferencia.

Nos costó un tiempo arrancar el periódico, como es lógico; pero ha sido una experiencia enriquecedora y maravillosa trabajar codo con codo con Lali y Victoria. Las tres teníamos claro que era un desafío importante, aunque la ilusión pudo con las trabas que te encuentras al empezar un negocio. En la actualidad, ya no estamos solo las tres; somos un equipo de siete personas y no descartamos aumentar la plantilla.

Empezamos con artículos *on-line* de diferentes tipos. Ahora tenemos una web repleta de información sobre actualidad, arte, noticias internacionales, entrevistas, moda, cine... Un periódico digital en toda regla, además de una pequeña tirada en papel semanal con los reportajes más importantes que dejamos en diferentes negocios de ocio de forma gratuita.

Victoria y Raúl están más que satisfechos con los resultados de nuestro primer año de «vida». Intercambiamos noticias con la central en España para enriquecer el contenido a todos los niveles y, tras nuestro éxito, Raúl ya está en marcha para abrir nuevas oficinas en Francia e Italia.

En cuanto a Lali, os tengo que contar que se dejó seducir por Richy, o al revés. No lo tengo claro. La cuestión es que, después de encontrarse para el primer artículo sobre los Beatles y bailar como locos durante la noche en la que Matt y yo nos reconciamos, se vieron varias veces más; primero con todo el grupo que formamos; más tarde, a solas. Los dos son tan transparentes que no hizo falta mucha pantomima para saber que se gustaban y que acabarían juntos. De hecho, Matt me contó que Richy ya le

había echado el ojo desde el primer momento, cosa que también le ocurrió a ella. Hasta en eso coincidieron. Estas últimas semanas han estado de mudanza. El piso de Richy era demasiado pequeño para los dos, así que han alquilado uno más grande y se han trasladado.

Se habrían ido antes a vivir juntos, porque lo tenían más que claro, pero Lali no quería dejar sola a Victoria, hasta que esta misma le dijo que dejara de hacer el papelón, que estaría encantada de tener la casa para ella sola y no encontrarse las bragas de Lali tiradas por cualquier parte.

Yo me trasladé al piso de Matt hace seis meses, por eso Lali no quería dejar sola a Victoria. Fue algo natural e inherente a nuestra relación. Los primeros meses, con la puesta en marcha del periódico, vivir las tres juntas era necesario. Nos teníamos a mano las unas a las otras para comentar cualquier idea, problema o circunstancia en el momento, aparte de hacerlo en la oficina. Como ya os he contado, trabajamos muchísimas horas y estar juntas era lo más práctico.

Pero con el paso de los meses y que la estabilidad se hizo inminente, yo pasaba más noches con Matt que en mi propia habitación. Primaba recuperar el tiempo perdido. Nos escribíamos a diario, hablábamos varias veces al día, cenábamos juntos un par de noches a la semana y el fin de semana se convertía en nuestro más preciado aliado. Paseamos de nuevo por la ciudad, esta vez sabiendo que no se nos acababa el tiempo. Rememoramos nuestros inicios y convertimos los recuerdos en realidades. Matt me llevó a todos los lugares que había soñado enseñarme y, en verano, cuando el tiempo mejoró y la lluvia no amenazaba nuestras excursiones, nos escapamos varias veces a Londres y a Edimburgo.

En noviembre, llegó el tiempo de los mercados navideños. Esos a los que Matt me invitó y no pude visitar en su momento. Cada fin de semana salimos a disfrutarlos como debimos hacerlo con anterioridad. Compré tantos objetos que llevan impresa nuestra abeja que el piso parece una colmena; tazas, calcetines, sudaderas, gorras... Matt siempre me dice que parezco una turista friki en vez de una lugareña. Comimos en la calle, bebimos vino caliente, nos besamos bajo las luces y condensamos en esos meses de fiestas todo lo que no habíamos vivido de la época. Lo que más me sorprendió y me gustó a partes iguales fueron los puestos de golosinas, dulces y chocolates. Había montañas de ellos y me dieron ganas de tirarme en plancha como si fuese una nube de algodón de azúcar.

Unas semanas más tarde de nuestra reconciliación, fuimos a casa de sus padres. Él me había dicho que ellos estaban encantados con mi vuelta, pero yo tenía mis dudas. Sabía que Bridget conocía nuestra historia y sentía vergüenza por cómo me comporté con Matt. Pero en cuanto entré por la puerta, esa mujer que tan bien me trató bajo su techo me abrazó con fuerza, me besó en la mejilla y me susurró un «bienvenida de nuevo, Mica» que hicieron disiparse todas mis reticencias. Es como una segunda madre para mí. Quizá sería más correcto decir como una «primera madre», porque con la mía el contacto es mínimo.

Desde que me trasladé, es como si apenas existiera para ellos. No digo que se hayan olvidado de que tienen una hija, pero lo parece. Parece que sientan alivio por no tener que ocuparse de mí, aunque, con mi edad, ya no es necesario. De pequeña no sentí ese tipo de abandono por su parte; estuvieron ahí siempre que los necesité, eso sí, con sus reglas. Fue cuando me hice mayor que mi madre decidió que ya no le apetecía ser ama de casa ni desempeñar el papel de madre a tiempo completo. Quería escribir y lo hizo. Se convirtió en poco tiempo en una autora de éxito y se volcó en ello con todas sus ganas. Mi padre siempre había trabajado muchas horas, eso no me vino de nuevo, pero perder esa parte de la relación con mi madre me desestabilizó un poco hasta que llegué a acostumbrarme. Por eso, quizá, no entendí su afán de que no estudiara en Manchester cuando lo planteé. Qué más les daba, si ya apenas teníamos una relación de familia unida. Nunca lo he sabido, y ahora ya poco importa. Supongo que esa es su forma de ver la paternidad/maternidad; encargarse de los hijos hasta que se independizan.

Ni siquiera me sorprendió, cuando les dije que Matt me había pedido que nos casáramos, su actitud un tanto distante. He querido ir varias veces a España para presentárselo, pero siempre estaban ocupados y me contaban que serían ellos quienes nos visitaran en cuanto pudieran. No lo han hecho, así que ni me molesté en decirles que hoy es el gran día.

—Mickey, ¿te queda mucho? Ya sé que las novias soléis tardar más en prepararos y que estáis nerviosas, pero vamos a llegar tarde como no salgais de esa habitación en dos minutos —dice Matt al otro lado de la puerta.

Sí, salimos juntos desde este piso hacia casa de sus padres, donde se oficiará nuestro enlace frente a nuestros familiares y amigos más íntimos. Al menos, hemos tenido la decencia de no mostrarnos nuestros trajes para

este día y vestírnos en habitaciones separadas. Él ha usado la nuestra, yo he preferido la que fue la mía cuando vine por primera vez.

—Ya voy, ya voy —contesto mientras me coloco los pendientes y me miro en el espejo.

No estoy nerviosa, para ser sincera. Ha sido todo tan natural entre nosotros que tenía claro que este día llegaría tarde o temprano. Ni siquiera nuestra decisión fue algo romántico; fue más bien algo intenso y producto de lo que sentimos cuando estamos juntos. Y de que de Matt puedo esperar cualquier cosa. Me lo planteó una noche, justo al acabar de hacer el amor. Entre respiraciones entrecortadas y caricias propias de la intensidad del reciente orgasmo. ¿Se puede decir que no en semejante situación? Pues ahí tenéis la respuesta.

Respiro hondo y agarro el pomo de la puerta para abrir. Me encuentro a Matt en el pasillo, frente al espejo de cuerpo entero que hay colgado cerca de la salida. Lleva un traje negro. Zapatos brillantes. Pelo alborotado. Su barba recortada, fiel amiga desde siempre. Está tan impresionante que no puedo evitar que se me abra la boca.

—Joder, Matt...

Se gira hacia mí; al parecer, estaba tan entretenido en colocarse bien la corbata que no ha reparado en mi presencia. Sus ojos se oscurecen en una clara evidencia de que le gusta lo que ve, igual que a mí.

—Joder, Mickey...

Estamos los dos quietos, frente a frente, a un par de metros de distancia.

MATTHEW

Joder. Joder. Joder. Llegamos tarde. Seguro. Está plantada bajo el marco de la puerta. La luz incide desde el interior hasta atraparla en una envolvente aura. Brilla. Pero no es esa luz ni tampoco el vestido beige de dos piezas que realza su cuerpo. Es su mirada, sus labios, su rostro relajado. Como si

supiera que no había otro destino posible para nosotros. Que está en el lugar correcto, conmigo. Y yo con ella.

—Voy a llamar a mi madre... —digo.

—¿Para qué? —Frunce el ceño.

—Para decirle que se retrasa todo una hora. —Sonrío de medio lado.

—Ah, no. Ni hablar. Cuando me quite este vestido será para no volver a ponérmelo —contesta con la risa escurriéndose por sus labios.

—¿Quién ha dicho que vaya a quitarte el vestido? —Me acerco con pasos lentos. Ella camina hacia atrás—. Me lo estás poniendo muy fácil. — Señalo con la vista la cama que tiene a su espalda.

—Que no, Matt. No quiero llegar a casa de tus padres con cara de recién follada. —Se ríe mientras la atrapo ya entre mis brazos.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Esa es tu mejor cara, cariño. —Le doy un pico en los labios.

—Sé bueno, anda... —me ruega.

—Está bien, pero esta noche me debes un polvo extra. —Se ríe entre mis labios, que apresan los suyos con cuidado para no estropearle el tenue maquillaje.

—¿Solo uno?

—No me provoques, *my bee*, que llegamos tarde de verdad.

Me empuja para separarme de su cuerpo y me mira a los ojos durante unos segundos.

—Te quiero, Matt. Jamás quise hacerte daño ni que pasásemos unos años tan malos. —Se le humedece la mirada.

—Ssshhh, todo eso ya pasó. Ahora estamos aquí y nos vamos a casar. Te quiero y te querré siempre, es imposible no hacerlo. —La beso una y otra vez en la frente. No quiero que se sienta mal. Nunca, desde aquella noche en la que hablamos, le he reprochado nada, pero sé que, a veces, aún se siente culpable por lo que nos ocurrió—. Vamos, nos esperan. —Intento desviar su atención a algo más prosaico para que deje esos pensamientos fuera de su mente.

Hace un día espectacular. El sol brilla, el cielo está despejado. El día perfecto, a pesar de que aquí sabemos que puede ponerse a llover en cualquier momento. Esperemos que aguante hasta que acabe la fiesta.

Llegamos a casa de mis padres en poco menos de media hora. Mi madre conoce a una persona del Registro Civil de esta ciudad, así que los trámites

para poder casarnos han sido menos farragosos de lo que esperábamos, ya que Mickey es española y la parte burocrática se complica. Incluso se ofreció a officiar la ceremonia en el jardín al que ahora mismo estamos accediendo.

Todos nuestros amigos están aquí. Richard, Josh, Jamie, Lali, Victoria, hasta Raúl con su mujer. Mis padres, los padres de Richy, mis tíos y mis primos. Me da una rabia terrible que los padres de Mickey no hayan podido/querido venir. Tuve los santos huevos de ponerme en contacto con ellos. No estaba dispuesto a que ella pasase este día sin su familia, así que un día, mientras Mickey estaba en la ducha, cogí su móvil y anoté los números de teléfono de sus padres. Sí, ya sé, muy feo por mi parte, pero era una emergencia.

Me topé con dos personas egoístas y sin una pizca de empatía. No entendí su posición y sus excusas. «Micaela ya es mayor y no necesita de nosotros. Cada cual elige su vida. Nuestro papel como padres ha finalizado. Ella ya puede ocuparse de sí misma», me dijo su madre. Os juro que flipé. Por supuesto, no insistí y no se lo he contado a Mickey. Ella no suele hablar mucho del tema y, cuando lo hace, intenta que no se le note la desilusión. Pero no pude evitar explicárselo a mi madre, quien soltó unos cuantos improperios y decidió que ella sería la encargada de cuidarnos a los dos. Adoro a mi madre.

Después de abrazarnos y besarnos con todos los presentes, nos colocamos frente al que nos unirá en matrimonio en una ceremonia corta y precisa. Sin parafernalias ni discursos, porque lo importante ya lo sabemos y lo sentimos el uno por el otro.

El jardín de mis padres no es muy grande, pero lo suficiente para albergar a las veinte personas que nos hemos reunido para disfrutar de esta fiesta íntima. Es lo que queríamos y es lo que hemos organizado. Todo contratado para que mis padres no tuvieran que mover ni un solo dedo. Tres mesas redondas bajo una carpa, a un lado del espacio, y el resto al aire libre para bailar.

Eso es precisamente lo que hacemos después de comer.

Richy se levanta de su silla y se dirige al DJ que pone la música en su equipo. Este le entrega un micrófono y mi amigo se dirige a nosotros, que lo miramos con curiosidad. A saber lo que está a punto de hacer, no me fio ni un pelo.

—Buenas tardes a todos. Ya sé que nos conocemos, así que no necesito presentación. —Nos echamos a reír. Es cierto, Richy y yo somos amigos desde que no levantábamos un palmo del suelo—. También sabéis a lo que me dedico algunas noches en el *pub*, y eso es precisamente lo que quiero hacer hoy aquí. Matt, Mickey, estoy orgulloso de vosotros. De lo que habéis luchado por estar juntos. De veros felices. De saber que sois el uno para el otro. Matt, eres mi mejor amigo, mi hermano. Te quiero muchísimo. Mica, no sabes cómo te agradezco que no te rindieras, que volvieras a por él. Os lo merecéis. Y también te agradezco que no volvieras sola, que trajeras contigo a la que se ha convertido en mi compañera—. Señala a Lali y le indica que se acerque. Ella, por supuesto, no se corta un pelo y va a su encuentro—. ¿Estás preparada? —le dice. Uy, uy, uy... Esto me huele a chamusquina.

Lali coge otro micrófono que el DJ le entrega.

—Yo nací preparada, cariño —contesta en voz alta.

Nuevas carcajadas se deslizan por el espacio abierto de este jardín.

—Nunca he cantado acompañado, espero no tener que arrepentirme —bromea Richy.

—Vamos, cielo, eso es miedo a que te deje en ridículo —contesta Lali.

Estos dos podrían dedicarse a montar *shows* y ganarse la vida con ello.

—¿Sabías algo de esto? —pregunta Mickey en un susurro a la vez que se tapa la boca para no reírse.

—Ni idea...

—Matt, Mica, levantaos para empezar vuestro baile de bodas —nos invita Lali.

Miro a Mickey, que ahora ya no sonríe y sus ojos me observan con algo de timidez.

—Yo los mato —murmura.

Le ofrezco mi mano y sonrío.

—Vamos, es nuestra boda.

Se agarra con fuerza y nos levantamos de las sillas para dirigirnos al lugar donde se supone que está emplazada la pista de baile. Mickey se rebana el cuello con el dedo y señala a su amiga.

La cojo de la cintura y la acerco a mi cuerpo.

La emoción me embarga, y creo que a ella también, cuando las primeras notas de *Love of My Life*, de Queen, empiezan a sonar por los altavoces. La

aspereza de la voz de Richy resuena al ritmo de la música, y en el estribillo se le une Lali, con un tono más suave. Mickey y yo los miramos con el agradecimiento pintado en los ojos. Nosotros y ellos. Nuestros mejores amigos y ahora también pareja.

—¿Crees que de aquí a muchos años seguiremos siendo tan felices? — pregunta Mickey.

—No lo creo, lo sé. Sé que haremos todo lo posible por mantener este sentimiento hasta el final de nuestros días.

—Quererte es lo mejor que me ha pasado en esta vida.

—Que me quieras es lo mejor que me ha ocurrido a mí.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Esta historia empecé a escribirla en septiembre de 2021, aunque la idea me vino a mi vuelta de un fin de semana en Manchester en 2018, con mi madre y mi hermana. Supe que tenía que ambientarla allí, pero aún no tenía ni idea de cómo ni qué ni nada de nada.

A veces, nos empeñamos en contar algo que todavía no está listo, y eso me ocurrió con esta trama. Me quedé atascada en las 6000 palabras y empecé con otra idea: *La chica nómada*. Y pasó lo mismo. Me bloqueé con las dos. Pero como no soy persona de tirar la toalla, seguí y seguí. El problema era que no sabía por cuál decidirme, puesto que nunca había escrito dos historias a la vez. Y no tenía tiempo físico como para escribir dos historias largas. Y llegó Marlene. Y arrasó con todo. La escribí casi del tirón, y después, se acabó el bloqueo. Pude seguir con estas dos. A la vez. Unos días escribía para Matt y Mickey; otros, para la chica nómada y el chico de ciudad. Así fluyeron las dos y así os las he contado. Espero que las hayáis disfrutado tanto como yo. Porque ha sido un reto al que no me había enfrentado antes y he disfrutado como una niña.

Como siempre, y que no me falten nunca, quiero agradecer a las lectoras cero de esta historia sus comentarios, opiniones y sugerencias para mejorarla. Sin vosotras sería imposible lanzar cada novela. Un millón de gracias, Núria, María y Mónica. Os quiero mil.

Y a ti, que has llegado hasta aquí, mi mayor agradecimiento por leer, por darle la oportunidad a mis historias, por soñar despierta, por dejarme entrar en tu vida y enriquecer la mía.

Se os quiere muchísimo.



elisamayoescritora@gmail.com

**Si necesitas ayuda con tu manuscrito y/o la
planificación de tu historia, escríbeme.
Además de autora, me dedico a la corrección
literaria y al asesoramiento personalizado en
escritura.**

SOBRE LA AUTORA

Nací en Barcelona, un 21 de febrero de hace más de cuarenta años. Estudié una carrera de números y pasé veinticinco años trabajando en diferentes departamentos financieros hasta 2018, cuando decidí que debía cumplir mi sueño desde que era una cría. Combiné el trabajo con estudios de escritura creativa y corrección literaria durante más de cinco años; después, me lancé a escribir y no he parado de hacerlo desde entonces.

En la actualidad, sigo formándome en el campo literario y espero poder dedicarme a esta profesión que me hace sentir una persona plena y feliz.

Vivo junto al mar, como siempre deseé, y comparto mis días con los dos amores de mi vida: mi marido y mi hija.

«No dejes que solo sean sueños, trabaja para convertirlos en realidad».



Si quieres mantenerte al día de mis publicaciones, puedes seguirme en redes:



Elisa Mayo



@elisamayoescritora

Otras publicaciones de la autora:



[1]. Vino caliente con especias.